

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL CONDE DE SELMAR,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA.

Robert



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

1852.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: libreria de Cuesta, calle Mayor, num. 2.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	Perez.	<i>Motril.</i>	Ballesteros.
<i>Alcoy.</i>	V. de Martí é hijos	<i>Manzanares.</i>	Acebedo.
<i>Algeciras.</i>	Almenara.	<i>Mondoñedo.</i>	Delgado.
<i>Alicante.</i>	Ibarra.	<i>Orense.</i>	Robles.
<i>Almeria.</i>	Alvarez.	<i>Oviedo.</i>	Palacio.
<i>Aranjuez.</i>	Prado.	<i>Osuna.</i>	Montero.
<i>Avila.</i>	Rico.	<i>Palencia.</i>	Gutierrez é hijos
<i>Badajoz.</i>	Ordña.	<i>Palma.</i>	Gelabert.
<i>Barcelona.</i>	Viuda de Mayol.	<i>Pamplona.</i>	Barrena.
<i>Bilbao.</i>	Astuy.	<i>Palma del Rio.</i>	Gamero.
<i>Burgos.</i>	Hervias.	<i>Pontevedra.</i>	Cubeiro.
<i>Cáceres.</i>	Valiente.	<i>Puerto de Santa</i>	
<i>Cádiz.</i>	V. de Moraleda.	<i>Maria.</i>	Valderrama.
<i>Castroudiales.</i>	Saenz Falceto.	<i>Puerto-Rico.</i>	Marquez.
<i>Córdoba.</i>	Lozano.	<i>Reus.</i>	Prins.
<i>Cuenca.</i>	Mariana.	<i>Ronda.</i>	Gutierrez.
<i>Castellon.</i>	Gutierrez.	<i>Sanlúcar.</i>	Esper.
<i>Ciudad-Real.</i>	Arellano.	<i>S. Fernando.</i>	Menceses.
<i>Coruña.</i>	Garcia Alvarez.	<i>Sta. Cruz de Te-</i>	
<i>Cartagena.</i>	Muñoz Garcia.	<i>nerife.</i>	Ramirez.
<i>Chiclana.</i>	Sanchez.	<i>Santander.</i>	Laparte.
<i>Ecija.</i>	Garcia.	<i>Santiago.</i>	Escribano.
<i>Figueras.</i>	Conte Lacoste.	<i>Soria.</i>	Rioja.
<i>Gerona.</i>	Doica.	<i>Segovia.</i>	Alonso.
<i>Gijon.</i>	Sanz Crespo.	<i>S. Sebastian.</i>	Garralda.
<i>Granada.</i>	Zamora.	<i>Sevilla.</i>	Alvarez y Comp.
<i>Guadalajara.</i>	Oñana.	<i>Salamanca.</i>	Huebra.
<i>Habana.</i>	Charlainy Fernz.	<i>Segorbe.</i>	Clavel.
<i>Haro.</i>	Quintana.	<i>Tarragona.</i>	Aymat.
<i>Huelva.</i>	Osorno.	<i>Toro.</i>	Tejedor.
<i>Huesca.</i>	Guillen.	<i>Toledo.</i>	Hernandez.
<i>Jaen.</i>	Idalgo.	<i>Teruel.</i>	Castillo.
<i>Jerez.</i>	Bueno.	<i>Tuy.</i>	Martz. de la Cruz.
<i>Leon.</i>	Viuda de Miñon.	<i>Talavera.</i>	Castro.
<i>Lerida.</i>	Zara y Suarez.	<i>Valencia.</i>	Móles.
<i>Lugo.</i>	Pujol y Masia.	<i>Valladolid.</i>	Hernainz.
<i>Lorca.</i>	Delgado.	<i>Vitoria.</i>	Galindo.
<i>Logroño.</i>	Verdejo.	<i>Villanueva y Gel-</i>	
<i>Loja.</i>	Cano.	<i>trú.</i>	Magin Beltran y
<i>Málaga.</i>	Cañavatte.	<i>Ubeda.</i>	compañia.
<i>Mataró.</i>	Abadal.	<i>Zamora.</i>	Treviño.
<i>Murcia.</i>	Hermanos de An-	<i>Zaragoza.</i>	Calamita.
	dron.		V. Andrés.

EL CONDE DE SELMAR.

DRAMA EN CINCO ACTOS

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

por

D. Roberto Robert.



MADRID:

Imprenta de D. Tomas Fortanet, Libertad, 29.

1857.

PERSONAS.

—

Emma.

La Vizcondesa de Orbigny.

Madama de Terny.

Susana.

El Conde de Selmar.

Arturo de Bremont.

Bleville.

Saint Paulin.

Juan Luis.

Comisionado de Plombiers.

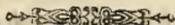
Criado

Convidados.—Criados.

La accion pasa en Francia, y en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de los señores Gullon y Regoyos editores de la galería EL TEATRO, quiénes persiguirán ante la ley al que la reimprima ó represente sin su licencia con arreglo á la ley.

ACTO PRIMERO.



*Salon en la casa de campo de la marquesa de Terny.
Jardin en el foro.—Es de noche.*

ESCENA PRIMERA.

MADAMA DE TERNY.—SAINT PAULIN.

- SAINT PAU. Supongo, señora, que el ensayo general os dejaría satisfecha. Yo á lo menos, sabia mi papel.
- MAD. DE T. Perfectamente, y no es extraño. Lo habeis representado tantas veces...
- SAINT PAU. No lo creais. Lo cierto es que me da mucho que hacer la tal comedia.
- MAD. DE T. Pues y yo , que me resigno al humilde empleo de apuntador...
- SAINT PAU. Estamos en el campo, algo hemos de hacer.
- MAD. DE T. Ciertamente, y os lo confieso: entre todos los placeres de sociedad campestre, prefiero la comedia casera.
- SAINT PAU. Oh! lo comprendo, y apostaría á que mas os divertís con los actores que con la comedia. Las pretensiones, las meticulosas rivalidades ponen en juego vuestro talento observador y cáustico.

- MAD. DE T. Hola! hola! me lisonjeais? Y sin embargo, no es esa vuestra costumbre.
- SAINT PAU. Me echais en cara mi franqueza, porque no estais acostumbrada á ella. Ya se vé.. no está de moda... Verdad es que en cuanto á vos, señora, el mas rígido censor se vé obligado á elogiaros...
- MAD. DE T. Y sin embargo, tengo mis defectos...
- SAINT PAU. No seré yo el que lo niegue seguramente. Pero solo os reprocharé que no tengais los de vuestra edad.
- MAD. DE T. Esto me vá interesando; necesito esplicaciones... Vamos á ver: decidme sin temor cuanto querais.
- SAINT PAU. Pues bien: se nota en vos cierta aficion á los placeres, cierto aturdimiento propio de la primera juventud, que á mi modo de ver...
- MAD. DE T. Oh! Permitid que os interrumpa, querido amigo. Confieso que estoy muy lejos de condenarme al retiro y huir de los placeres que proporciona la buena sociedad; pero no los busco para mí. Yo no puedo alejarme de Emma; creéis que estaria bien hecho aislar á esta pobre niña y aburrirla con los goces de una edad que no es la suya?
- SAINT PAU. Demasiado sabia yo que os sobraba talento para forjar escelentes razones en favor vuestro; pero yo os he visto muchas veces sobrepujar en elegancia á nuestras mas brillantes damas; hasta me he llegado á figurar que no teniais mas allá de treinta años..!
- MAD. DE T. Cincuenta...
- SAINT PAU. Lo estais viendo? Llevais vuestra coqueteria al estremo de envejeceros, á fin de parecer mas escéntrica! No os he visto yo mismo atraer á vuestro alrededor un numeroso círculo, mientras que las mas jóvenes y elegantes damas se veian desairadas? Vamos, querida marquesa, decidme que esto no es cosa de dar voces!
- MAD. DE T. Pero estais desatado contra mí, Saint Paulin. Sereis capaz, como la vizcondesa de Orbigny, de imputarme la conquista del brillante conde de Selmar?
- SAINT PAU. El conde de Selmar! no me sorprende...Y no os reñiría por ello. El conde no es ya un jovencito, que digamos.
- MAD. DE T. Oh! No tiene mas que...
- SAINT PAU. Cuarenta y dos años.. cumplidos.
- MAD. DE T. Estais seguro?

SAINT PAU. Segurísimo. Dos años hace que el conde está sosteniendo una terrible lucha entre su ambición y su amor propio. La ambición le dice: sé Par de Francia; y el amor propio le grita: no manifiestes tu partida de bautismo!

MAD. DE T. Sois lo mas temible. Pero aun así, os parece mucha edad la suya?

SAINT PAU. Para mero galanteador, ... si.

MAD DE T. Basta, amigo mio. No me habéis mal del conde, porque os declaro que estoy loca por él. (*Riendo.*)

SAINT PAU. De ningun modo pienso ofenderle, cosa que seria en vano intentar. El conde es hoy el hombre á la moda, y su prestigio está legitimado por... el tiempo, que todo lo sublima.

MAD. DE T. Basta, señor criticon. Afortunadamente ahí viene en mi socorro un verdadero amigo.

ESCENA II.

DICHOS.—BLEVILLE.—ARTURO.

MAD. DE T. Acercaos, querido baron. A Dios, Arturo.

BLEV. Estoy á vuestras órdenes, señora. Acabamos de dar un paseo por vuestro delicioso parque.

MAD. DE T. Y llegais muy á propósito para defender al conde de Selmar!

BLEV. Cómo!

MAD. DE T. Lo que estais oyendo. Le acusan de haber cumplido cuarenta y dos años!

BLEV. Espantoso crimen! Pero yo soy mucho mas culpable que el conde.

ART. Y ciertamente, su edad debería advertirle de que ya es hora de ser algo mas que un elegante.

SAINT PAU. Hé aquí lo que yo decia.

MAD. DE T. Y hé aquí lo que las señoras no aprobaremos jamás

BLEV. (*A Arturo.*)—Esta es harta severidad, amigo mio. El conde no ha consagrado su vida á los frívolos triunfos de salon. Cuando nuestras discordias civiles le dejaron sin mas fortuna que su ilustre origen, descendió del rango en que la casualidad le colocara al na-

cer; pero supo nuevamente remontarse con el noble ejercicio de su talento. No podreis ignorar que ha desempeñado dignamente mas de una importante mision diplomática. La adopcion de cierto admirable proyecto, concepcion suya, reportaria inmensas ventajas á la industria y al comercio de todo el norte de la Francia y tambien á nuestra querida ciudad de Plombiers, señores... Lo malo es que hace dos años se ha olvidado su proyecto..

MAD. DE T. (*A Saint Paulin.*) Lo veis, caballero?

SAINT PAU. Ya veo, ya; planes industriales, eh? Alguna nueva máquina movida por sonrisas...? Bravo! Que le den una cruz cualquiera, y no se hable mas de ello.

BLEV. Es que su proyecto es algo mas de lo que vos creeis. Es un completo tratado de comercio, y yo lo aprecio mucho, porque soy tambien comerciante. Yo, caballero, entiendo tambien algo en fábricas y máquinas, y hay mas, las tengo; y tan baron de Bleville como me veis, no creo degradarme contribuyendo á enriquecer á mi pátria, despues de haberla servido con mi espada.

ART. Que el conde de Selmar emplee en nobles acciones las preciosas facultades de que se halla dotado, y le haré justicia como vos. Le tengo por un distinguido diplomático; pero no cuento entre los titulos al público aprecio su reputacion de seductor. Engañar á una muger no tiene para mí nada de glorioso.

BLEV. Te ruego, Arturo, que respetes en el conde á un amigo mio.

SAINT PAU. Me agrada ver como nuestro jóven abogado toma la defensa del bello sexo, y si algo me admira, es que la marquesa proteja con tanto ardor al conde; porque al fin, la vizcondesa de Orbigny es amiga vuestra, y la conducta que Selmar observó con ella...

BLEV. La ligereza, las inconsecuencias de la vizcondesa, pueden en cierto modo disculparle.

MAD. DE T. Vamos, señores, basta de murmuracion y de suposiciones.

SAINT PAU. Ah! Con que llamais á esto suposiciones..? Pero tenéis razon; agradablemente distraidos, olvidamos á vuestro lado que dentro de dos horas debemos empezar

la funcion. Señor de Bleville: apenas nos queda tiempo para dar un repaso á nuestros papeles; vos en particular que sois tan flaco de memoria...

BLEV. Vamos, y me tomareis la leccion.—No nos acompañais, Arturo?

MAD DE T. Arturo se queda conmigo. Tengo que hablarle.

ESCENA III.

MADAMA DE TERNY.—ARTURO.

ART. Quereis hablarme, señora? Adivino cual va á ser el objeto de nuestra conversacion.

MAD. DE T. Arturo: cuando en vuestra última visita me dispensásteis la confianza, muy lisonjera para mí, de descubrirme el estado de vuestro corazon y el afecto que os inspiraba mi querida Emma, os pedí algunos dias para reflexionar y conocer al mismo tiempo las disposiciones en que estuviese la pobre niña.

ART. Y bien, señora... Ah! vais á pronunciar mi sentencia! Puedo esperar..?

MAD. DE T. Sí, os creo digno de hacer la felicidad de Emma.

ART. Ah, señora! seria tanta mi fortuna que me amase..!

MAD. DE T. La mas pura amistad..

ART. Amistad..

MAD. DE T. (*Con afectuosa sonrisa.*) No os apresureis á compadeceros. La amistad, querido Arturo, es el afecto que con mas viveza ha experimentado su corazon. Aunque dotada de un alma ardiente y sensible, Emma es demasiado jóven para poder darse cuenta de sus sentimientos; y el que ella cree ahora que es simple amistad, puede trocarse, y muy en breve tal vez, en otro afecto mas tierno... y mas profundo.

ART. Será posible?

MAD. DE T. Advertid, querido Arturo, que no puedo dar á mi querida Emma una fortuna...

ART. Marquesa: el amor como yo lo comprendo, como lo siento, podrá jamás tener algo de comun con ideas de mezquino interés?

MAD. DE T. Oídme. Emma, como vos sabeis, no es mas que mi hija adoptiva: su buen padre, hombre de severa y reeocida probidad, murió dejándola en la niñez. La tomé entonces bajo mi amparo, la he educado, y la quiero... oh! la quiero como si fuera mi hija! Pero tengo parientes, Arturo, y no puedo en justicia defraudarles...

ART. Señora...

MAD. DE T. Una palabra y concluyo. No os hablaré ya de vos, sino de vuestra familia. El desinterés de los amantes es proverbial; mas...

ART. Mi familia, señora... Yo tampoco he conocido á mis padres; como ella tambien, tengo por toda familia un bienhechor! Mi fortuna, de la que nunca he pedido cuentas al baron de Bleville, creo será bastante á asegurar nuestra existencia.

MAD. DE T. Pero el baron conoce vuestros proyectos?

ART. Nada sabe, marquesa. Vos sola habeis merecido la confianza de mi amor.

MAD. DE T. Entonces es preciso consultarle.

ART. Voy á hablarle al momento. Su único deseo es verme feliz, y os aseguro de antemano que consentirá.

MAD. DE T. Aguardad. Hay que añadir una pequeña cláusula á nuestro contrato. La presencia de Emma se ha hecho para mí una necesidad; por otra parte, á mí me gusta la juventud, su movimiento, los placeres que la rodean... No puedo renunciar á un espectáculo á que estoy tan acostumbrada. No quiero enterrarme en la soledad. Esto es decir que debereis permanecer á mi lado.

ART. (*Besándola la mano.*) Oh!—Cómo os probaré mi gratitud, Marquesa?

MAD. DE T. Silencio. Emma viene. No es tiempo aun de participarla nuestros proyectos.

ESCENA IV.

MADAMA DE TERNY. —ARTURO.—EMMA.

EMMA. (*Sale corriendo.*) Hola! aquí estábais?—Buenas tardes, señor filósofo.

ART. Filósofo! Me llamis así, porque no he querido tomar parte en la representación? Sin embargo, si vos lo hubiéseis exigido...

EMMA. De ningún modo. Vos no desempeñaríaís bien los *galanes jóvenes*, como dicen.

MAD. DE T. Qué te has hecho hasta ahora, querida Emma? Parece que huyes de nosotros.

EMMA. Oh! no digáis eso. Estuve en mi pabellon trabajando: si vierais qué lindos paisajes...

ART. La soledad tiene muchos atractivos para vos.

EMMA. No; no estaba sola. El conde de Selmar me ha dado algunas reglas... Tiene muy buen gusto y ha corregido mis dibujos.

ART. Teneis puesta en el conde toda vuestra confianza.

EMMA. Si. Es tan bondadoso para conmigo... Y no me trata como á una niña, á pesar de ser un hombre superior. Y á su lado hay mucho que aprender. Me prodiga sus sábiosconsejos, me instruye sobre la conducta que debo observar en el mundo... me habla de las personas cuyo trato debemos evitar; de las que merecen nuestro aprecio... Oh! qué bien habla, y con cuánto placer le escuchó!

ART. (*Bajo á madama de Terny.*) No es verdad señora, que sería un infame el que abusara del candor de esta niña?

MAD. DE T. (*Idem.*) Dios mio, Arturo, qué idea!

EMMA. Ah! Hablando del condé de Selmar me olvidaba... He venido á anunciaros la llegada de Susana.

MAD. DE T. Tu hermana de leche?

EMMA. Pues, mi hermana. Viene de Plombiers espresamente para presentaros su marido. Se llama Juan Luis. Oh! pero dice que la quiere mucho.

MAD. DE T. Pues no faltaba mas. Casados de tres dias...

ART. (*A Emma, sonriendo*) Susana tiene vuestra edad, y con su matrimonio os dá un ejemplo...

EMMA. (*Idem.*) Es verdad... Pero no tengo prisa.—Podéis recibirla?

MAD. DE T. Por supuesto. Dila que entre.

EMMA. (*Llegando hasta la puerta.*) Entra, entra, querida Susana. Acercaos, señor Juan Luis. (*Bajo á madama de Terny, y á Arturo.*) Este es el marido: es muy gracioso: ya vereis.

ESCENA V.

DICHOS.—SUSANA.—JUAN LUIS.

SUSAN. *(Del brazo con su marido, haciendo cortesias desde la puerta.)* Señora...

JUAN L. Señora...

MAD. DE T. Amigos... Acercaos, Susana: he sabido con gusto que acabais de contraer matrimonio, muy conveniente bajo todos conceptos.

SUSAN. Si señora, un casamiento de inclinacion.

JUAN L. Eso es, no mas que de inclinacion...

EMMA. *(Bajo á Arturo.)* Parece un eco. Verdad que es... que no tiene nada de hermoso?

ART. *(Bajo.)* Si se aman son felices.

MAD. DE T. Pasareis el resto del dia con nosotros. Cuento con ello; y antes de partir mañana, me avisareis.

SUSAN. Ya que lo permitís, señora, no saldremos hasta mañana; pero tendrá que ser muy temprano, porque es dia de mercado...

JUAN L. Cierto.—Porque, lo que ella dice: mañana es dia de mercado...

MAD. DE T. Emma, supongo que querrás tener un rato de conversacion con tu amiga. Vamos á dejaros en completa libertad. Vuestro brazo, Arturo... Hasta despues.

ESCENA VI.

EMMA.—SUSANA.—JUAN LUIS.

EMMA. No sé como espresar el gozo que siento al verte. Vamos á hablar de nuestras cosas. Yo tengo mucho que contarte.

SUSAN. Cuán buena sois, señorita!

EMMA. *(Con cariño.)* Quita allá; señorita! Pues si me llamo Emma todavia.

SUSAN. Sois muy amable.—Pero mira, Juan Luis: qué haces ahí? Vás á fastidiarte... Porque no sales á dar un paseo?

JUAN L. Toma toma! Y es verdad. Señorita: para no fastidiarme he pensado ir á dar un paseo.

EMMA. Hasta luego, amigo mio.

ESCENA VII.

EMMA.—SUSANA.

EMMA. Le quieres mucho?

SUSAN. Y tanto! Creo que tiene poco talento; pero ya se vé, nosotras no podemos escoger lo mejor. Oh! si yo hubiese querido... allá en Plombiers, en casa de mi tia, la casa de baños; todo un caballero me hacia la córte: vaya! y era... agente de... de bolsa.

EMMA. De veras?

SUSAN. Pues no! Siempre andaba pillándome las vueltas, y diciendo que me tenia mucho cariño, y... vamos, cosas muy bonitas... y empeñado en enseñarme el...el... la ontoglafría.

EMMA. (*Riendo.*) Sí?

SUSAN. Y continuamente ponderándome su amistad... y ni una palabra de casamiento. Porque... los hombres así... caballeros, cuando hablan de amistad á pobres muchachas como yo, lo hacen para engañarlas.

EMMA. Y para qué querrán engañarlas?

SUSAN. Y luego aquel caballero tenia ya cuarenta años.

EMMA. Oh! pues eso debia bastar para tranquilizarte. Un hombre ya de cuarenta años... El conde de Selmar... dicen que tiene esa edad.

SUSAN. Y quién es ese señor?

EMMA. Es verdad, tú no le conoces. Un hombre muy distinguido... cuyo aprecio buscan todos, que me profesa mucha amistad.

SUSAN. Tambien amistad? Entonces malo.

EMMA. (*Con cariño.*) Qué tonta eres! es un amigo de mi madre.. adoptiva.

SUSAN. Verdad es que en el gran mundo se piensa de distinto modo, y... Pero decidme; qué es lo que va á suceder en la quinta? En el patio he visto unas telas grandes.. pintadas,... y árboles y casas de carton.

- EMMA. Ah! No lo sabes? Vamos á hacer una comedia.
- SUSAN. Una comedia?
- EMMA. Sí, sí; te gustará. Vas á verme representar, vestida como tú, de aldeana. Aquí está pintado mi traje, mira. (*Enseña á Susana el album que está sobre la mesa.*)
- SUSAN. Ay, qué rico y precioso está! y vos sereis esta niña en la comedia?
- EMMA. Yo represento el papel de una jóven seducida, á quien roba su amante.
- SUSAN. Y hay uno que os ha de robar?
- EMMA. Sí. Es el conde de Selmar. Si vieras qué bien lo desempeña... Ah! aqui está.
- SUSAN. Qué guapo! Es todo un hombre.

ESCENA VIII.

DICHAS.—SELMAR. (*Desde el fondo*)

- SELM. Muy bien. Que dentro de media hora pase á mi cuarto mi ayuda de cámara. Para todo lo demas, os entenderéis con el señor de Saint Paulin, es cosa suya. (*Adelantándose.*) Estais sola, querida Emma?
- EMMA. Con Susana, mi hermana de leche.
- SELM. Ah! (*Saluda ligeramente.*) Y bien, estais dispuesta? Os queda poco tiempo.
- EMMA. Espero que sabré muy bien mi papel. Y vos?
- SELM. Confieso que no lo he mirado con mucha detencion. Otras ideas...
- EMMA. En efecto, desde esta mañana os veo triste, pensativo... Qué teneis?
- SELM. Me sorprende vuestra observacion. La feliz indiferencia que á vuestra edad...
- EMMA. Indiferencia yo? No, no, señor conde. Yo me intereso mucho por la suerte de mis amigos.
- SELM. Pues si me consideraseis como amigo, acaso me compadeceriais.
- EMMA. Á vos? Pues qué os falta? Qué teneis que desear? En todas partes es grata vuestra presencia. En todas

partes se rinde un merecido tributo de aprecio á vuestras bellas cualidades; se os admira... se os ama.

SELM. Se me ama!

EMMA. Y vos lo dudais?

SELM. Pere los frívolos placeres, qué valor pueden tener á los ojos de un hombre capaz de apreciar la verdadera felicidad, y que ha buscado en vano un corazon que respondiera á los latidos del suyo?

SUSAN. (*Aparte.*) Qué diantre la estará diciendo?

SELM. Cuánto prefiero á ese torbellino del mundo las apacibles horas que en vuestro pabellon consagramos á las bellas artes, á las que os veo tan aficionada como yo!

EMMA. Pero cuál puede ser la causa de vuestra melancolía que no acierto á comprender!

SELM. No, Emma; vos no podeis, no debeis saber lo que en el fondo de mi corazon se encierra. Y sin embargo...

EMMA. Pero decidme, qué anhelais? Mi madre no ha reunido aquí todos los placeres de sociedad? No ofrece esta campiña cuanto pueda distraeros? La calma renace aquí por todas partes.

SELM. La calma! Cuán lejos, cuán lejos debería buscarla!

EMMA. (*Aparte.*) Qué querrá decir? Acaso... Temo adivinar...

SUSAN. (*Aparte, observando á Emma.*) Qué aire tan sério ha tomado!

ESCENA IX.

DICHOS.—BLEVILLE —SAINT PAULIN.—(*luego*) —MADAMA DE TERNY.

SAINT PAU. (*A Bleville.*) Os digo que debeis vestiros con toda propiedad. Yo he visto un millon de comedias en que salen tíos, y todos van como os he dicho.

BLEV. Bah! bah! qué me importa? Me pondré el traje tal como está, y santas pascuas.

SAINT PAU. Pero hacedme el favor siquiera de poneros peluca rubia. Quién ha visto nunca un tío sin peluca rubia?

BLEV. No teneis que molestaros. No salgo de mis trece.

SAINT PAU. Ah! señor conde: no empezamos? (*Aparte.*) Todavía juntos?

MAD. DE T. (*Saliendo con un cuaderno en la mano.*) Vamos, Emma, despacha, y vístete. El salon está casi lleno.

UN CRIADO. (*Desde el fondo.*) Acaba de llegar la señora vizcondesa de Orbigny.

SELM. (*Aparte.*) La vizcondesa! Qué contratiempo!

MAD. DE T. Y yo que no la aguardaba hasta mañana! Es preciso que salga á recibirla. Querido conde, dadme el brazo. A ver cómo brillais en vuestro papel, señor seductor.

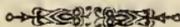
SAINT PAU. (*Aparte.*) Apostaría á que acaba de hacer un ensayo en forma.

BLEV. Vames, vamos.

(*Selmar da el brazo á Madama de Terny. Bleville y Saint Paulin les siguen. Emma sale por otra puerta, del brazo de Susana. Están pensativas ambas.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



*Parque de la quinta de Terny. Pabellon de Emma,
con ventana abierta.*

ESCENA PRIMERA.

EMMA—*dibujando en el pabellon. Despues*—MAD. DE TERNY
y la VIZCONDESA,—en traje de mañana.

EMMA.

Con qué placer trabajo en este pabellon... Siempre estoy creyendo que va á volver. Ayer por la noche me dejó tan turbada... Debería pensar en él todavia? (*Examinando su dibujo.*) He seguido en todo sus consejos; me parece que lograré verle contento... Ojalá!

MAD. DE T.

La casualidad ha dirigido nuestros pasos, y afortunadamente nos encontramos en el sitio mas tranquilo y retirado del parque. No parece sino que estamos á una legua de la quinta. Me ha sorprendido, querida vizcondesa, el ver tan madrugadora; convenid en que es cosa admirable.

VIZCON.

No he podido cerrar los ojos en toda la noche! Tenia necesidad de respirar el aire puro de la mañana.

MAD. DE T.

No os sentís bien? Vuestra salud...

VIZCON.

El duque mi tio, á quien conoceis, debe participarme hoy mismo noticias importantes, y una quizás que

me colme de placer. Se habla de un cambio de Gabinete.. y espero...

MAD. DE T. Deseo con ansia daros cuanto antes mi enhorabuena.

VIZCON. Mil gracias, marquesa. Qué elegante pabellon!

MAD. DE T. Es el de Emma, mi hija adoptiva.

VIZCON. (*Con intencion.*) Ah! Es amiga de la soledad!

MAD. DE T. Se retira algunas veces para distraerse; porque á pesar de sus pocos años, y de su carácter festivo, es muy juiciosa y pensadora. Os sorprenderia á veces con sus profundas reflexiones. La juventud de estos tiempos ha dado en tan singular mania... Mirad, sino me engaño allí está, habrá madrugado como nosotras.

EMMA. (*Saliendo del pabellon.*) Buenos dias, querida mamá. Tengo mucho placer en saludaros, señora vizcondesa.

VIZCON. Hemos venido á turbaros en vuestras graves ocupaciones acaso, querida Emma?

EMMA. Estoy muy lejos de sentirlo; vuestra presencia me es siempre muy agradable; como habreis observado sin duda, en el campo se comprende mejor la amistad. Muchas veces nos apresuramos á recibir á ciertas personas que en París vemos con la mayor indiferencia. Con que así, juzgad vos misma señora, si puede menos de colmarme de gozo vuestra vista.

VIZCON. (*A Madama de T.*) Es muy justa su observacion. (*A Emma.*) Y aun hay quien asegura que lo que acabais de decir respecto á la amistad, puede aplicarse exactamente al amor. Se ha visto en efecto mas de una vez, á un cumplido galan enamorarse de un rostro que en el campo era hermoso, por ser único; pero de vuelta á París, helarse su corazon ante la beldad que habia adorado al aire libre.

MAD. DE T. Lo creo muy bien.

EMMA. (*Aparte.*) Pero ese hombre no amaria.

MAD. DE T. Decidme, querida vizcondesa, qué tal os pareció nuestra modesta reunion? Os encontrasteis con algunos antiguos amigos: el conde de Selmar, el baron de Bleville, y ese original de Saint Paulin.

VIZCON. Oh! A ese se le encuentra donde quiera que haya fiesta. Un poco pintor, otro poco poeta, un poco gastrónomo, y un mucho jugador... le llaman el indispensable. Pero quién era aquel jóven que tan poca parte

tomaba en la animacion general, y que solo, retirado, no dejó su sillón sino para dirigir la palabra á Emma?

EMMA.

Es un jóven muy juicioso, un sábio, el señor Arturo de Bremont, que no se ocupa sino en trabajos sérios; es excelente músico, pero no toca ni canta; frecuenta los bailes, pero no baila; detesta el ecarté, y se enfada si en el teatro se habla de materias ajenas á la representacion. Os aseguro que tiene un carácter edificante.

VIZCON.

Si no exagerais el retrato, en efecto...

MAD. DE T.

Emma siempre le está haciendo burla; pero formalmente hablando, es Arturo un jóven muy apreciable, que promete ser un dia la honra del foro. (*Aparte á la vizcondesa.*) Tiene sus miras sobre Emma; me ha hablado...

VIZCON.

(*Aparte.*) Ah! Esto desmentiria mis sospechas...—A propósito, ya veis cómo me sobra la razon, cuando os acuso de querer exclusivamente para vos al conde de Selmar: segun me han dicho, quince dias há que se halla detenido en la quinta.

MAD. DE T.

Tiene tan cerca sus posesiones...

VIZCON.

Pues esto no es siempre un motivo para el conde. Muy frecuentemente se ha detenido cerca de mi casa de campo al ir á Plombiers, y nunca le ha parecido oportuno llegarse á saludar á una antigua amiga.

MAD. DE T.

Mucho lo estraño, querida vizcondesa, tanto mas cuanto que durante el invierno último parecia dedicado á obsequiaros exclusivamente.

VIZCON.

Verdad es, pero... Ay de quién fie en las mentidas apariencias del conde.

EMMA

(*Aparte, atónita.*) Qué dice?

MAD. DE T.

Sus numerosas relaciones serán quizás el único motivo de su ligereza.

VIZCON.

Así lo dice él.

MAD. DE T.

Pues cuando tanto os galanteaba, se llegó á hablar con apariencias de verdad, de un matrimonio...

VIZCON.

El conde de Selmar no se casará jamás!

EMMA.

(*Aparte*) Jamás?

ESCENA II.

DICHAS.—BLEVILLE.—ARTURO.—SAINT PAULIN.

BLEV. Oh! señoras: este es un rasgo admirable! Levantadas á las diez de la mañana! Recibid mi enhorabuena. No he tenido yo esa virtud. Estaba fatigado, y no es extraño; representar un papel tan largo...

MAD. DE T. Mas fatigada debia estar yo; tuve que apuntaros mas de la mitad...

SAINT PAU. Preciso es confesar que el drama fracasó, y á fé, no por culpa mia. La señorita Emma estaba del todo desorientada. El conde hacia *apartes* de una hora. Pero en fin, se pasó el rato; nos divertimos. Una cena deliciosa, ponche en grande, un ecarté endiablado... Allí me tuvieron hasta las tres de la mañana, gané unos veinte y cinco luises... Es preciso desengañarse, fuera del campo no hay diversion.

ART. (*A Emma.*) No le hagais caso. Desempeñásteis vuestro papel con acierto, y en algunos trozos estuvisteis inspirada.

EMMA. De veras? Mucho me complace vuestra aprobacion.

ART. La considerais, pues, de algun valor?

EMMA. Mucho. Dúdariais acaso de mi aprecio?

ART. No; porque sería muy desdichado.

SAINT PAU. Hola, hola, aqui viene el conde.

VIZCON. (*Aparte.*) Selmar!

EMMA. (*Aparte.*) El es!

ESCENA III.

DICHOS —(*mirando todos por donde aparece*)— SELMAR.

SELM. Señoras... (*Aparte.*) Todavía la vizcondesa... (*A Mad. de T.*) Es inútil, señora, que busqueis los sitios retirados, ya veis que no perdemos vuestra pista.

SAINT PAU. (*Aparte.*) El demonio es este hombre. Parece que ejerce una particular influencia sobre todo rostro de muger. Cómo han cambiado súbitamente de aspecto á su llegada.

SELM. (*Saludando friamente á la vizcondesa*) Vuestra presencia nos sorprendió, señora; no creíamos gozar tan pronto del placer de veros.

VIZCON. (*Saludando, y aparte.*) Cruel!

SELM. (*En voz baja á Emma, y besándola la mano.*) Emma, han venido á profanar nuestro retiro! (*Alto.*) Buenos dias, mi querido Bleville. Caballero Arturo.. Y bien, señoras, no habeis decidido en qué ocupar la mañana?

MAD. DE T. Os aguardábamos, querido conde. Ya sabeis que nada decidimos sin consultaros.

BLEV. A propósito: no me propongais la pesca como el otro dia. Estar tres horas mortales, caña en ristre, y volver al cabo con un miserable barbillo... ni aun barbillo podia llamarse; era un diminutivo microscópico.

SAINT PAU. Yo no he atentado siquiera á la existencia de una breca, desde que se ha descubierto que el sedal es un instrumento que tiene una bestia en cada extremo.

SELM. Y qué os parece de una cacería?

VIZCON. (*Aparte.*) Todos son pretextos para alejarse de mí.

BLEV. La caza, bien; excelente ideal Pero tratemos de cazar algo de provecho. Me quedan pocos dias que pasar aquí...

MAD. DE T. Pensais en dejarnos?...

BLEV. No ignorais, señora, que debo ir á tomar las aguas de Plombiers. Allá voy de orden del médico; mientras no me mande ir mas lejos, le obedeceré.

ART. Pero una cacería nos alejará de estas señoras...

SELM. De ningun modo. Las señoras se meten en el bote, y dan un paseito por el lago, á cuyo extremo nos reuniremos.

MAD. DE T. Espero todavia visitas, y deseo estar en la quinta para recibirlas.

SELM. Oh! El ejercicio no puede menos de seros muy saludable! La encantadora Emma les hará los honores en lugar vuestro. (*A media voz.*) Debeis hacer compañía á la vizcondesa.

to adoro, tan poco halagüño porvenir! Aislado para siempre, debo ahogar dentro del pecho todo afecto tierno.—No hay mas que un ser en el universo á quien pudiera unirme con estrechos lazos... es mi padre! Oh! haced que yo le conozca, dejadme que le vea, que le estreche contra mi corazon... No tendrá valor para rechazar á su hijo.

- BLEV. No quiere darse á conocer.
- ART. Pero cuál es el obstáculo que le separa de mí?
- BLEV. En la época de tu nacimiento, tu padre era muy jóven. El darte su nombre le hubiera costado sus esperanzas de fortuna, y la realizacion de vastos proyectos... Arturo, he jurado guardar su secreto, y lo cumpliré. Nada me preguntes, nada intentes averiguar. Tu padre vive tal vez muy lejos de aquí... Tal vez motivos de graves trascendencias le obligan á respirar bajo otro clima... Hé aquí lo que debes decirte. Mas antes de acusarle, piensa, Arturo, que si no pudo por sí mismo dirigir tus primeros pasos; que si no te ha prodigado las paternas caricias, nunca dejó de desvelarse por tu felicidad. A él únicamente debes la fortuna de que gozas, y que piensa aumentar.
- ART. Guarde en buen hora su fortuna; para nada la quiero ya; la desprecio!
- BLEV. Arturo, qué decis... vuestro padre!..
- ART. Nunca! Yo no tengo padre; no le tengo! El que ordena nuestra eterna separacion, el que no abrirá jamás sus brazos para estrechar en ellos al infeliz á quien dió la vida... no, ese no es mi padre, no puede ser mas que un extraño para mí, cuyas dádivas me humillarían.
- BLEV. Arturo! querido Arturo! Hijo mio!
- ART. Todo perdido, todo! Ver desvanecerse en un momento una eternidad de felicidades! Sueños de mi juventud, esperanzas de mi amor, así me dejais solo... solo para siempre!
- BLEV. Y yo? Y tu anciano amigo, eres que te abandonarás?
- ART. (*Arrojándose en sus brazos.*) Oh! no.
- BLEV. Vamos, cálmate, Arturo; no es ocasion de des-

perar. Vamos, basta de llanto; desecha ideas tristes... Quizás todo pueda arreglarse... no me hagas llorar mas; qué diantre... te parece que me da gusto?

ART.

Mi único amigo! Padre mio!

BLEV.

Sí, sí; suceda lo que suceda, seré siempre tu amigo... y tú serás mi hijo. No nos separaremos jamás, jamás. Por de pronto vas á acompañarme á Plombiers. Confío en que el tiempo endulzará tus pesares.—(*Aparte.*) Todavía puedo hacer un esfuerzo en su favor... Será el último.

ART.

Oh! ella viene, vámonos de aquí!

BLEV.

Sí, vamos, amigo mio; valor! Seamos hombres.

ESCENA V.

EMMA (*sola y en la mayor agitacion.*)

EMMA.

Parece que todos huyen de mí! Habrán leído en mi frente... Acaso soy ya culpable? Sin embargo, él no me hablaba sino de su amistad. Oh! pero, por qué sus miradas me abrasaban? por qué su mano estrechaba tan fuertemente la mía? por qué tenia yo miedo? Por qué, Dios mio, al menor ruido, mi primer pensamiento ha sido la fuga? Ay! porque le amo! Si, esto es amor.—Esta palabra que tantas veces he oido pronunciar con indiferencia, es el nombre de la sensacion que experimento.—Le amo.—Este sentimiento no puede ser en mí un crimen ni una mala pasion, no: mi conciencia está tranquila. Un sentimiento vergonzoso no haria latir plácidamente mi corazon.—Le amo!—Si su fortuna... si su brillante posicion se opusieran... Pero él tambien me ama; puedo dudarle acaso?.. (*Pausa.*) Joven aun, demasiado tal vez, fui introducida en los elevados círculos del gran mundo donde no me llamaba mi nacimiento.—Pero el amor todo lo iguala; así lo he leído, así lo siento, y ha de ser verdad. Yo le querria con igual cariño, si él fuese el mas oscuro de los hombres. (*Oyése reir dentro*

á Saint-Paulin.) Alguien viene. Dónde ocultarme?.. Por qué no puedo sufrir la vista de nadie? (*Se oculta en un bosquecillo, donde permanece sin ser vista de los que salen.*)

ESCENA VI.

EMMA (*escordida.*)—LA VIZCONDESA.—SAINT PAULIN.

- SAINT PAU. Ja! ja! ja! Es aventura que no tiene precio!
VIZCON. Pero esplicaos; bastante habeis escitado mi curiosidad.
- SAINT PAU. Os juro que vais á quedar sorprendida como yo; figuraos... Veamos si pueden oirnos, porque es necesario ser discreto.
- VIZCON. Nadie, nadie. Empezad la historia.
EMMA. (Qué irá á decir? Yo tiemblo... tiemblo.)
SAINT PAU. Pues figuraos que acabo de sorprender al conde de Selmar...
- VIZCON. Selmar!
EMMA. (Dios mio!)
SAINT PAU. Haciendo una declaracion de amor á la niña Emma. Oh! pero declaracion que podia muy bien colocarse en una novela!
- VIZCON. (*Conforzada sonrisa.*) Os burlais?
SAINT PAU. Cuando os digo que lo he visto y oido... (*Aparte.*) Qué pildora tragas!..
EMMA. (Nos oian!..)
SAINT PAU. Decidme que no es una aventura originalísima.
VIZCON. Pero cómo podian estar solos, juntos?..
SAINT PAU. Estaba el terreno preparado con delicadeza; en esto debo hacer justicia al señor conde. Bleville se hallaba en este mismo sitio, tratando algun asunto grave con Arturo; la marquesa daba órdenes para nuestro paseo por el lago; nosotros todos disponiamos nuestros arreos de caza; vos, señora, recibiais al emisario de vuestro tio... A propósito: sería indiscrecion preguntaros qué noticias teneis?
- VIZCON. Mi tio ha subido al ministerio.

SAINT PAU.

(*Aparte*) Ministro!—Recibid, señora, mi mas cordial enhorabuena.

VIZCON.

(*Despues de un movimiento de cabeza.*) Proseguid.

SAINT PAU.

(*Aparte.*) Ministro! El ambicioso Selmar se arrepentirá de haber despreciado á la sobrina del ministro: como si lo viera.—En fin, señoras, como ya comprendereis, nuestro héroe aprovechó los momentos para su declaracion. Teniéndolo todo dispuesto para la cacería, salí á buscarle, cuando llegó hasta mí el sonido de su voz, y me detuve admirado de su entonacion épica.

EMMA.

(Dios mio, cuánto sufro!)

SAINT PAU.

Si hubiéseis oido al egregio conde apurar todos los recursos oratorios y diplomáticos para probarle á una chiquilla que el amor y la amistad son una cosa misma.. y que está, mandado como si dijéramos de real órden, obedecer ciegamente al corazon... Oh!.. Le ha dicho aquello de «una mirada vuestra ha decidido de mi suerte»... y le ha dicho, horrorizaos! que amaba por primera vez; á fé mia, que me maten si no lo ha dicho! Lo malo ha sido que á un movimiento que hice para adelantarme, la niña ha echado á correr, y se acabó la comedia. Lo que es el conde me recibió con la gravedad de un hombre que preside un entierro.

EMMA.

(No se irá nunca esta gente!)

VIZCON.

Si bien estos detalles no me interesan sino por la parte que se refiere á la jóven Emma...

EMMA.

(*Llorando.*) Ay!

VIZCON.

Os lo agradezco mucho. (*Oyése un disparo de escopeta.*) Ois? Habrán empezado ya la cacería; no quisiera deteneros por mas tiempo.

SAINT PAU.

Os recomiendo el secreto, señora mia. No se lo conteis sino á las amigas, así... íntimas. Hasta luego. Nos reuniremos al extremo del lago. (*Vase riendo.*)

ESCENA VII.

LA VIZCONDESA.—EMMA (*escondida.*)

- VIZCON. Por ella me abandona el pérfido! Hombre cruel!
Y esa niña... le ama... no hay duda!
- EMMA. Ay! yo me ahogo!
- VIZCON. Quién anda ahí? Gran Dios, aquí estabáis?
- EMMA. Señora, señora!
- VIZCON. Acaba de salir Saint Paulin; le habeis oido?
- EMMA. Sí, todo, señora!
- VIZCON. Emma: no trateis de engañarme: el conde de Selmar os ama.
- EMMA. Sí... me ama!
- VIZCON. Y vos?
- EMMA. Yo... El conde, hasta hoy, me habia hablado como un amigo, como un hermano. Dirijía mi inespriencia, cultivaba mi entendimiento, halagando mi pasion por las bellas artes, cuyos encantos aprecia como yo. —Os juro que al principio, un respetuoso cariño hablaba por él en mi alma. Todo lo que á él pertenecia, era para mi, objeto de veneracion, y á no ser por la escesiva bondad con que me trataba, siempre á su presencia me hubiera sobrecogido un pueril temor... Cuán agena estaba yo, señora, de sospechar que así se anunciaba el amor en mi corazon!
- VIZCON. Es el amor, en efecto, tal como se siente á vuestra edad por un hombre como Selmar.
- EMMA. Sí, ahora lo comprendo; pero á lo menos lo veo correspondido. El me lo ha dicho. Oh! no precipiteis vuestro juicio acerca del conde, por lo que acabais de oir de boca de... un infame. Un carácter noble no puede variar tan repentinamente. Creedme, creedme; el conde de Selmar es bueno, es honrado.
- VIZCON. (*Aparte.*) Bondad en el corazon de ese ambicioso!...
- EMMA. Os atreveis á creer que quiera engañarme?
- VIZCON. Pobre Emma! Qué esperais, pues?
- EMMA. Yo esperaba... la felicidad. (*Llora.*)

VIZCON. Emma, volved en vos, hija mia! Ah! Si quereis conocer la dicha, apresuraos á arrancar de vuestro pecho la imágen del conde de Selmar.

EMMA. Ser feliz... sin él?

VIZCON. Seguid mis consejos, Emma. Ved que dicta mis palabras la compasion que me inspiran vuestra juventud y vuestro candor. Ahogad una pasion que acaba de nacer y de la cual podeis triunfar todavia. Romped las redes en que vais á envolveros... ó sois perdida sin remedio. Si vuestra pasion os habla un lenguaje contrario á mis consejos, si nuestras relaciones no pueden darme vuestra confianza, oidme; mi ejemplo será una triste, pero escelente leccion que debeis aprovechar.—Dueña de mí misma, jóven aun, y rodeada de homenajes y seducciones, mucho tardé en conocer el verdadero amor. Arrojada en el torbellino de un mundo frívolo, guiada por sus falsas ideas, ligera y cóqueta, cifraba toda mi gloria en aumentar el número de adoradores que encadenaba á mis piés. Pero bien pronto mi ligereza, mis inconseguencias alejaron de mi lado á las personas mas dignas de aprecio; y á no ser por mi fortuna y mi nacimiento, hubiera sido el blanco de mil desprecios. Pero yo prescindia de cuanto de mí se hablaba. Entonces fué cuando un verdadero afecto me hizo ver mi situacion en toda su realidad. Un hombre, dotado de las mas seductoras cualidades, se hizo árbitro de mi vida, y todo cambió repentinamente de aspecto á mis ojos. Entonces desgarraba mi corazon el temor de que pudieran llegar á sus oidos los murmullos que de todas partes se elevaban contra mi anterior conducta. Entonces, como vos, quizás mejor que vos, conocí el amor; como vos tambien creia ser amada para siempre; el que yo adoraba no escaseó protestas ni juramentos, y tambien me engañó, Emma!

EMMA. Os engañó! hombre infame!

VIZCON. Era el conde de Selmar.

EMMA. El!

VIZCON. El mismo. Y no creais que vuestros tiernos años, ni vuestra inocencia, le muevan á piedad; el conde nada respeta. Frívolo y ambicioso, no sigue otra norma

de moralidad que las conveniencias sociales; á ellas sacrifica todo deber de conciencia, y á ellas me sacrificó á mí, como os sacrificará á vos. Creedme, Emma: vuestra poca fortuna, y la humildad de vuestro nacimiento, os quitan toda esperanza de ser su esposa, como me la quitaron á mí mis anteriores faltas.

EMMA. Oh! señora, sí, sí; seguiré vuestros consejos, y habreis sido mi ángel tutelar. Vos me advertis al bórde del precipicio; desdichada de mí si me dejara precipitar en él.

VIZCON. Bien, muy bien; hija mia. Armaos de valor; es preciso.

EMMA. Huiré de él... (*Ahogando un suspiro.*) Ay!

VIZCON. Sea un mismo dolor el lazo que nos una, no os abandonará nunca mi amistad. (*Abrazándola.*)

UN CRIADO. (*A la vizcondesa.*) La señora vizcondesa tiene el bote preparado.

VIZCON. Allá voy. Emma, enjugad el llanto; que nada sospeche vuestra madre adoptiva. Voy á reunirme con ella.

(*Abrazándola.*) A Dios, Emma, y acordaos de mí.
(*Vase.*)

ESCENA VIII.

EMMA.

Si, me alejaré de él, es necesario.—Me engañaría tambien,.. entonces todo acabaria para mí. Ayer... ayer el porvenir se me presentaba tan risueño... quién ha podido, quién, trocarlo todo á mis ojos?

ESCENA IX.

EMMA.—SELMAR.

SELM. (*Aparte en el foro.*) Está sola: los demás ocupados todos en la caza... No se advertirá tan pronto mi ausencia.

EMMA. (*Sin verle.*) Como se encapota el cielo!.. Fortuna ha sido que él mismo me aconsejara quedarme. Hubieran conocido que he llorado! Tengo miedo á la tormenta; salgamos. Pero por qué no ha querido que yo fuera á pasear por el lago? Temería no poder hablar á la vizcondesa con toda libertad.

SELM. (*Que ha ido acercándose.*) No, Emma, pues estoy aquí.

EMMA. Dios mío!

SELM. Y qué, mi presencia os causa pavor? No soy vuestro amigo, Emma?

EMMA. Así lo creía yo, pero vos mismo me habeis desengañado; ya sé ahora cuáles eran vuestros proyectos, y cuáles podían ser sus consecuencias... Queriais.. hacerme desgraciada!

SELM. (*Adelantándose.*) Engañaros, Emma? Yo haceros desgraciada?

EMMA. Sí, no os acerqueis! (*Apartándose con miedo.*) Queriais engañarme también. Ahora ya sé lo que debo temer de vos. No volvais á hablarme de vuestra fingida amistad... no os creo!

SELM. (*Con entereza.*) Y es á mí á quién dirijís semejantes reproches!.. Emma, mi querida Emma, si un pérfido amigo ha estraviado vuestro juicio, si alguien puede perderos, es el que ha sembrado la desconfianza en vuestro pecho, el que os aconseja rechazarme á mí, que solo ruego al cielo por vuestra felicidad! Oh! pero vos habeis preferido ver por otros ojos, consultar con otro corazón, lo que debiais amar ó aborrecer.

EMMA. Yo no os aborrezco.

SELM. Han querido preveniros contra mí, y han logrado

su objeto. Lo siento, y os compadezco, Emma, pero no me humillaré hasta defenderme.

EMMA. Quién os ha dicho que no hablo por convicción propia? No puedo haber formado mi juicio, meditando en lo que se murmura de vos?

SELM. No, no! Vuestro sentimiento de justicia, que no han falseado todavía las pasiones, hubiera distinguido fácilmente entre el error y la verdad. Ya sé quién os ha inspirado esas ideas. Una muger irritada porque mi corazón no ha respondido al suyo; irritada porque os ha visto poseer entero el amor que ella nunca mereció.

EMMA. (*Aparte.*) Ay! si fuese cierto!

SELM. Pero á qué combatir groseras calumnias, á las cuales no hubiérais dado crédito, si un débil recuerdo de amistad os hubiese hablado en mi favor? Creía merecer vuestra confianza... pueden tan fácilmente arrebatármela.. Adios, Emma; un afecto no correspondido es un tormento para el corazón que lo alberga. Es preciso vencerlo, y lo probaré.—Ya no volveréis á verme.—Adios. (*Hace un movimiento para salir, examinando á Emma. Se oye retumbar sordamente el trueno.*)

EMMA. Os vais?.. Qué van á decir de vuestra partida?

SELM. Vos lo queréis..

EMMA. Yo?..

SELM. Este es el premio que concedéis á una amistad tan pura, tan tierna!.. Os he rodeado de atenciones, de respetos; vuestros menores deseos han sido siempre órdenes para mí... los he obedecido ciegamente... y ahora no me atrevo á acercarme, porque me habeis rechazado.

EMMA. (*Aparte.*) Es verdad. .

SELM. Y vos qué habeis hecho por mí? Seguir los consejos de mis enemigos, abusa del imperio que ejercéis en mi alma, y cuando al fin se me ha escapado mi secreto, cuando os veis segura del triunfo, anonadarme bajo el peso de vuestra indiferencia.

EMMA. Pero he de ser yo la que me justifique?

SELM. Emma!..

EMMA. Demasiado fácil me sería... Para vos, señor conde, el

amor no es un afecto único en la vida. Vos podeis abrigar otras pasiones... para mí amar es todo. Oh! no os acerqueis, no, oidme. Sois rico, pertenecéis á una noble familia... yo soy una pobre y humilde huérfana... Qué espero de mi amor? (*Trueno. Emma se aproxima á Selmar por un movimiento de pavor.*)

SELM. (*Cojiéndola una mano.*) La felicidad! (*Emma hace un movimiento para huir.*) Qué temeis, Emma, no estais á mi lado?

EMMA. (*Agitada.*) No .. no.. nada temo. — La felicidad decis?

SELM. Sí, la dicha mas cumplida, el único placer verdadero, el de amar y ser amada, el de pasar juntos una larga série de días risueños y tranquilos, y respirar el uno para el otro!

EMMA. Oh! vos... vos no quiereis casaros... nunca.

SELM. Desconfianza siempre! juzgarme por las injurias que os han dicho de mí... Emma, vos no me amais

EMMA. Que no os amo! (*Trueno con estrépito. Emma se acerca mas á Selmar*

SELM. (*Estrechándola en sus brazos.*) Emma, si tú me amases..

EMMA. Y él lo duda!

SELM. Pues bien, Emma mia, si es cierto tu amor, debes querer mi dicha, embriagarme con tus miradas, confundir los latidos de nuestros corazones..

EMMA. (*Con terror.*) Ah!

SELM. Pueden unirse nuestras dos almas con lazos cuya existencia nadie sospechará.

EMMA. Me horrorizais. (*Emma quiere desasirse, el conde la sujeta con fuerza.*)

SELM. No me dejes! Te quedarás! Te amo; atrévete á desafiarme las miradas de todos.

EMMA. Qué quereis de mí? Tened piedad de mí.

SELM. Escúchame, Emma; mi familia, la opinion general, pueden oponerse á una alianza entre nosotros; pero es acaso la publicidad la que santifica el matrimonio? Vienen de ella su blanda paz y sus dulzuras? No puede un religioso misterio libertarnos de la tiranía de una cruel preocupacion?—Mira Emma, la sociedad se ve obligada á veces á respetar y á reconocer una pa-

sion; pero es cuando esta tiene grandes sacrificios que ostentar.—Me amas?

EMMA. Oh! callad! callad!.. mas que á mi vida... dejadme! dejadme!

SELMAR No me amas!

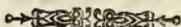
EMMA. Dejadme! Os amo! Os amo! Os lo he dicho!.. Pero no quiero escucharos mas!

(Entra precipitadamente en el pabellon y cierra la puerta tras de si. En este momento el trueno que retumbaba sordamente estalla con fragor.)

SELMAR. *(Siguiéndola.)* Emma! Emma! *(Reteniéndose!)* Oh! tú serás mia!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.



Salon en la casa de baños de Plombiers.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA.—SAINT PAULIN.

SAINT PAU. Con que no me engañó; vos sois la linda Susana á quien vi no hace mucho en la quinta de la marquesa! Y segun parece venís á tomar las aguas de Plombiers?

SUSAN. No, señor, la fonda es de mi tia; yo vivo á media legua de aquí... He venido porque, como en esta época hay tantos forasteros, y la buena señora tiene mucho que hacer...

SAINT PAU. Bien, muy bien. Mucho me gusta este pais. Oh! yo hace dias que estoy aquí.

SUSAN. Vos no habreis venido á curaros.

SAINT PAU. No, hija mia; y para no enfermar me guardaré muy bien de tomar las aguas; he venido á divertir-

me. Yo todos los veranos ando de ceca en meca; al monte de Oro, á Aix, á Bádén... Qué quereis? mis amigos huyen de Paris, y yo no puedo vivir sin amigos; ellos corren á las casas de baños á jugar su dinero, y hay que estar á su lado para ganárselo.

SUSAN. Pues aqui tambien estáis en tierra de amigos.

SAINT PAU. Si, lo sé. El conde de Selmar y madama de Orbigny, recién llegados. Ayer le gané treinta luises al conde... Yo siempre estoy al corriente de todo lo que pasa.

SUSAN. Entonces será escusado deciros que el baron de Bleville llegó anoche con su pupilo.

SAINT PAU. Ya estrañaba yo no verles por ahí.

SUSAN. Es que han recorrido el departamento, y han visitado su fábrica... Mirad, aquí estan.

(*El baron de Bleville entra apoyándose en el brazo de Arturo. Este está sumamente triste.*)

ESCENA II.

DICHOS.—BLEVILLE.—ARTURO.

BLEV. (*A Arturo al entrar.*) Te lo repito, jamas debe el hombre abandonarse á la desesperacion.

ART. Calla! sois vos, Susana?

BLEV. Oh! bien hallado, Saint Paulin!

ART. (*A Susana.*) Qué noticias teneis de la marquesa?

SUSAN. Me ha hecho un precioso regalo!... Ah! y tengo una carta de mi buena hermanita, de Emma.

ART. De Emma?

SUSAN. Y me ha dado un pesar. Parece que está triste, muy melancólica, y nadie puede adivinar el motivo.

SAINT PAU. Y sin embargo yo lo sé.

ART. Vos, amigo?

SAINT PAU. Mucho que si. Vos no habeis observado que la niña no era indiferente á los obsequios que la prodigaba el conde de Selmar.

ART. El conde!

BLEV. Vaya, vaya, Saint Paulin siempre murmurador. Dejad esa mañía...

SUSAN. Señor de Bremont, señores, si teneis alguna órden que darme...

BLEV. No, hija mia, anda con Dios.

SUSAN. Hasta despues, señores.

ESCENA III.

SAINT PAULIN.—BLEVILLE.—ARTURO.

ART. Hace mucho que el conde ha dejado la quinta de Terny?

SAINT PAU. No; pocos dias despues de haber subido al poder el tío de la vizcondesa.

BLEV. Pero qué tiene que ver...

SAINT PAU. Y vos me lo preguntais?—Selmar ha llegado ya al colmo de sus deseos. Su gran proyecto ha sido adoptado.

BLEV. De veras?

SAINT PAU. Y el mismo Selmar tiene á su cargo la mision diplomática que debe motivar su planteamiento; todo gracias á la vizcondesa. Siempre estuve temiendo que la antigua pasion del conde renacería. La vizcondesa ya no es la misma á sus ojos, él podia despreciar á la elegante señora de Orbigny; pero á la *sobrina del ministro*, la idolatra.

ART. Y un hombre semejante es amado...

SAINT PAU. Dentro de pocos dias debe salir para Alemania. En todas partes tiene numerosos amigos, y ademas, él es muy diestro. En este momento está comunicando sus planes á la municipalidad de Plombiers. Lo que es hoy dia podemos decir de Selmar, que es el obje-

- to del entusiasmo general: es el *hombre de moda*.
- BLEV. Yo lo creo, porque si consigue llevar á cabo su obra, el comercio y la industria de la provincia van á adquirir un considerable aumento.
- SAINT PAU. Y yo me alegraría mucho. No soy inteligente en la materia; pero sé que ha tomado un magnífico palacio, que va á dar suntuosas fiestas, y que nos divertiremos en grande.

ESCENA IV.

DICHOS.—SELMAR.

- SELM. Oh! mi querido Bleville! Cuánto me alegro de veros Señores... (*A Bleville.*) Sabeis la gran noticia? Mi proyecto adoptado!
- BLEV. Os doy mi mas cordial enhorabuena.
- SELM. Héme aquí otra vez en mi elemento. Ya puedo... ser útil. Ved si tenéis que mandarme; vos y vuestro amable pupilo podeis disponer de mí, como del mejor amigo.
- ART. Mil gracias, señor conde.
- SELM. Lo mismo os digo, Saint Paulin, y añado que me atreveré á abusar de vuestra amabilidad y fino tacto, que reconozco y aprecio en todo su valor.—Esta noche doy gran fiesta; los negocios me abruma, y he contado con vos para disponerlo todo.
- SAINT PAU. Cómo, señor conde! Pues precisamente me dais por el gusto.
- SELM. Pues bien; llevad vuestra galanteria hasta el extremo de mandar en mi casa como un déspota. Descanso en vos.
- SAINT PAU. Quedad tranquilo. Un concierto para los *dilettanti* baile para los jóvenes, un *wishkt* y un *boston* para la gente del pais, seis mesas de *ecarté* para las personas decentes, espléndida cena para todos, gendar-

mes en la puerta, luces á discrecion... Yo respondo del efecto.

SELM. Vais en seguida?

SAINT PAU. El llanto sobre el difunto.

SELM. Nos dejais tambien, señor de Bremont?

ART. Si me lo permitis.. (*A Bleville.*) vuelvo al instante.

BLEV. Anda con Dios, descansa en mi ternura.

ESCENA V.

SELMAR—BLEVILLE.

SELM. (*Viendo salir á Arturo.*) Y qué, ese rostro pálido y severo no se despejará jamás? Por qué nunca se ha parecido á los demas jóvenes?

BLEV. Y sois vos quien se admira de su tristeza, Selmar? No es vuestra obra?

SELM. Cómo!

BLEV. Arturo conoce ya su suerte. Sabe que su padre le rechaza.

SELM. Le habeis revelado el secreto de su cuna.

BLEV. Asi tuve que hacerlo, pero sin faltaros á mi juramento. Alimentaba la esperanza de un enlace que hace su posicion imposible. Al conocer su destino ha renunciado á su amor. Sus sentimientos nobles y generosos, su corazon que no cesa ante ningun sacrificio, le prohiben ofrecer á su amada unporvenir de vergüenza. Hemos de dejarle abandonado á sus pesares, á su eterno desconsuelo?

SELM. *Eterno?* no, decis mal. Concibo fácilmente que asi se lo represente él mismo en el ardor de la pasion; pero la idea de que solo de una muger podemos esperar la dicha, es otra de tantas quimeras que el tiempo

se encarga de desvanecer. El será el primero que dentro de poco se convencerá... pero yo le amo, yo quisiera verle feliz.

BLEV. Entonces por qué no haceis cuanto esté de vuestra parte para enlazarle con Emma á quien adora?

SELM. (Sorprendido.) Emma? Oh! no, no puede ser!

BLEV. Ya sé que despues de una revelacion indispensable, puede la marquesa de Terny oponer alguna repugnancia; pero su confianza en mí y el influjo que teneis con ella nos servirian de mucho. No podriamos, sin comprometer vuestro secreto, vencer ese obstáculo?

SELM. Os repito, amigo mio, que esta union es imposible. No hablemos mas de ello.

BLEV. Selmar!

SELM. Qué me quereis?

BLEV. No sé... Pero me estremecen las sospechas que se despiertan en mi alma.

SELM. Soy vuestro amigo, querido Bleville, pero ni una palabra mas sobre este asunto.

BLEV. Entonces en vano procuro hacerme ilusiones. No es su nacimiento el único obstáculo que oponéis á su felicidad.

SELM. La desgracia de Arturo, os repito, no es otra que su posicion. .

BLEV. Por el cielo... Y vos sois padre?.. No El servil respeto á la sociedad, vuestra insaciable ambicion, han borrado hasta las huellas de vuestra pasada nobleza de carácter, han destruido, han empedernido vuestra alma.

SELM. Bleville! Bleville!

BLEV. Qué me quereis? (Pausa.) Me alejo, Selmar, Dios sabe y tiene contado el número de faltas de que teneis que acusaros!.. Proseguid pagando tan caros como hasta aqui los halagos de la frivola sociedad! Mirad despacio si cada triunfo de vuestra ambicion vale un remordimiento.(Vase.)

ESCENA VI.

SELMAR.

Oh! me hiela este acento de conviccion! Me anodada esta verdad! Arturo infeliz por mí, por su padre!—Emma! la pobre niña espera, y espera inútilmente mis cartas... qué hago yo en tanto al lado de una muger por la cual nada siento?

ESCENA VII.

SELMAR.—LA VIZCONDESA.

VIZCON.

Al fin os encuentro, conde.

SELM.

Querida amiga, me perdonais el haber estado tan largo rato separado de vos?

VIZCON.

Muy á menudo me proporcionais el placer de perdonaros, Selmar. Ya sabeis que me es tan fácil... Recuerdo tiempos pasados, amigo mio, y me parece que no sois el mismo.

SELM.

Pero no me hagais recordar á mí, errores en que, os lo juro! jamas tuvo parte mi corazon. Estraviado por mi aficion á los placeres, por la vanidad tal vez! emprendi fáciles conquistas... cuánto me engañaba, Oh! si. Entregarse con toda el alma al goce de un amor ardiente y desinteresado, encontrar en el corazon de la muger amada el eco de nuestros sentimientos; esta es la única ventura verdadera, y esta, gracia á vos, esta es mi vida.

VIZCON.

Feliz vos, Selmar? Pero sí, sí, necesito creerlo para atenuar los cargos que me dirijó á mí misma.

SELM.

Esplicadme...

VIZCON.

(*Bajo y con cariño.*) No hace mucho tiempo que lei en el corazon de una niña, y temblé por su porvenir. (*Movimiento de Selmar.*) Despues me he tranquilizado; es jóven todavia; las impresiones son pasajeras á su edad; mas dichosa que yo sabrá olvidaros, y el olvido será para ella la salud y la vida.

- SELM. Me habeis dirigido envuelta en vuestras frases una reprobacion. He pagado como todo el mundo un tributo á la juventud y á sus atractivos, mas despues..
- VIZCON. Selmar, si vivo engañada, no me saqueis de mi error! si soy tan feliz con él, á qué buscar la verdad?

ESCENA VIII.

La VIZCONDESA.—SELMAR.—SAINT PAULIN.

- SAINT PAU. (*Deteniéndose al entrar y aparte.*) Hola! (*Alto y adelantándose.*) Señora... señor conde, todo queda á medida de vuestros deseos. Me parece que anduve listo.
- SELM. Y yo os doy un millon de gracias, querido Saint Paulin.
- SAINT PAU. Vuestra fiesta va á dejar grandes, profundos recuerdos. Pero todavia no sabeis lo mejor.
- SELM. Qué hay, pues?
- SAINT PAU. Mas convidados tenemos. Acaba de entrar en el patio el coche de la marquesa de Terny.
- VIZCON. La marquesa?
- SELM. (*Aparte.*) Que querrá esa importuna?
- SAINT PAU. (*Observando á los dos y aparte.*) Malo! (*Alto.*) Seguro estaba yo de que no permaneceria muchos dias en su quinta. Por otra parte es muger que tiene el instinto de los festines. Los olfatea á seis leguas de distancia... ha olido el vuestro.
- VIZCON. He llegado antes que ella, y debo salir á recibirla... Voy.
- SAINT. PAU. No tendreis que andar mucho. La acompaña Emma. (*Con toda intencion, y observando el efecto que este nombre produce en el conde.*)
- SELM. (*Aparte.*) Emma! Con tal que su conmocion en mi presencia no la venda!..

ESCENA IX.

LA VIZCONDESA.—SELMAR—SAINT PAULIN.—La MARQUESA.—EMMA.

VIZCON. Qué agradable sorpresa, señora...

MAD. DE T. Yo soy la que se regocija al veros... Sois vos, queriendo conde? Me alegro infinito de hallaros aquí todavía. He sabido vuestro nuevo triunfo y no os encarezco la satisfacción que me ha proporcionado.

SELM. (*Inclinándose y aparte observando á Emma.*) Qué pálida está!

MAD. DE T. Amigo Saint Paulin... me he visto obligada á dejar la quinta. La pobre Emma está triste, abatida...

VIZCON. (*Aparte.*) Qué oigo!

MAD. DE T. Los médicos dicen que conviene distraerla .. espero que el cambio de aires la aliviará.

SELM. Si, y yo confio que se restablezca pronto. El interés, tan natural y tan poderoso, que la señorita sabe inspirar á cuantos la rodean, desvanecerá fácilmente esta tristeza inmotivada.

VIZCON. La animacion que actualmente se nota en Plombiers es á propósito para desvanecer esa melancolía que no comprendo en vuestro alegre carácter. Aquí permaneceremos todo el verano; los aires son muy puros, el clima escelente.

SAINT PAU. Esclente, teneis razon. En ningun pais del mundo se disfruta de mejor salud.

EMMA. En todo pais se muere.

MAD. DE T. Morir! hija mia, qué ideas son estas!

EMMA. (*Abrazándola.*) Mamá! (*Aparte.*) Ni una mirada siquiera!..

ESCENA X.

DICHOS.—SUSANA

SUSAN. (*Entra corriendo.*) Con cuánto placer vuelvo á veros! Y mi querida hermana? Ah! Hela aquí. Y bien Emma? (*Abrazándola y aparte.*) Qué cambiada está, Dios mío!

MAD. DE T. Susana, está preparado mi aposento?
SUSAN. Si señora, iba á deciroslo.
MAD. DE T. Bien. Estoy algo fatigada...
VIZCON. Vamos á instalaros en él. Quereis mi brazo?
MAD. DE T. Qué amable sois!
EMMA. Susana, quieres quedarte conmigo?
MAD. DE T. No vienes, Emma? Ah! prefieres quedarte con tu hermana? Bien, quedate pues. Procurad alegrarla.
SELM. (*Aparte.*) Es preciso que yo la hable.

ESCENA XI.

EMMA.—SUSANA.

SUSAN. Me habian dicho que estabais enferma, y esto me ha hecho llorar. Qué teneis?
EMMA. No se... Estoy triste...
SUSAN. Querreis despues visitar mi casita? Está cerca, á media legua. Será un paseo que puede servir de distraccion. Vereis á Juan Luis; vivo muy dichosa con él, cada dia me quiere mas, y cada dia vuelvo á alegrarme de no haber dado oidos á aquel caballero de quien os hablé. No os parece que hice bien?
EMMA. (*Reprimiendo el llanto.*) Ay! si, Susana, si, hiciste muy bien.
SUSAN. Ah! no sabais? Pronto tendré otro favor que pedir. Juan Luis tuvo una feliz ocurrencia... porque tiene ocurrencias á veces! Apenas os vió me dijo que os queria mucho! Ya vereis. Me dijo: «Susana, si la señorita Emma que es tan buena y tan hermosa y tan feliz, quisiera sacar de pila á nuestro primer hijo, esto no podría menos de serle muy útil; porque la suerte del niño es tal como la del padrino.» Aceptarais vos?
EMMA. Mi buena hermana! no eres tú mi hermana?
SUSAN. Oh! pero tiempo nos queda todavia; cuando llegue ese caso... ya no tendreis ni la memoria de los pesares de hoy.
EMMA. (*Sonriendo con amargura.*) Así lo espero.

ESCENA XII.

DICHAS.—SELMAR.

- SELMA. (*Aparte viendo á Susana.*) Todavía!..
- SUSAN. Ahí teneis al señor conde de Selmar.
- EMMA. (*Aparte.*) Dadme fuerzas, Dios mio, para hablarle.
- SELMA. Emma, gracias al cielo que puedo veros á solas.
- EMMA. No sé si debo creerlo.
- SELMA. Sois injusta, Emma.
- EMMA. Tenia sin embargo, motivos para creer que el conde de Selmar me habia olvidado para siempre. Mis cartas...
- SUSAN. Parece que hablan bajo porque recelan de mí. No quiero ser indiscreta... Me voy... Oh! mi pobre Emma! (*vase.*)
- EMMA. Decid que no las habeis recibido.
- SELMA. No pienso engañaros; las he recibido, pero por vuestro propio interés no os he contestado. Debia imprudentemente comprometer vuestro reposo, vuestra reputacion? Un abuso de confianza, una mirada indiscreta no podian descubrirlo todo? Y cuáles hubieran sido entonces mis remordimientos! No, Emma, no he debido contestaros; vuestra suerte me interesa demasiado!
- EMMA. Mi suerte! El interés que me demostrais, señor conde, me sorprende, y con razon. No temeis que la vizcondesa...
- SELMA. Yo solo pienso en vos Emma. Ignore el mundo un sentimiento que por no comprender condenaria.— De vuestra discrecion, de la de entrambos depende nuestro porvenir. Ocultad á todo el mundo esa tristeza que me ofende, que me desgarrá el corazon.
- EMMA. Es verdad, decís bien! Por qué he de permitir que asome á la frente la vergüenza del alma? Oh! con razon os ofende mi tristeza. Si, si, señor conde; me esforzaré en sonreir, en olvidarlo todo.. todo! Por qué he de aflijirme?.. Vos os desvelais por mi felicidad!

Yo debo estar tranquila... vos no me habeis engañado! (*Prorumpit en llanto.*)

SELM. Emma, querida Emma, volved en vos. Si nos sorprenden así... Estais muy prevenida contra el que tanto amasteis, pero os juro que no he cesado un instante de pensar en vos que soy siempre vuestro amigo, vuestro mejor amigo, si; y quiero serlo siempre.

EMMA. Vos! y os atreveis á hablarme en semejante lenguaje! Vos que me dejais abandonada á mis remordimientos! Vos que mientras me dejabais sumergida en llanto, prodigabais á otra los falsos juramentos que me han perdido!

SELM. Desechad ideas tan poco favorables á mi honor, Emma! Las apariencias os engañan. Si comprendierais mi situacion...

EMMA. Pues bien; quiero por un momento dar crédito á vuestras palabras, pero quiero tambien preguntaros; atreveos á responderme: Selmar, me amais?

SELM. No comprendo...

EMMA. Responded, señor conde, me amais?

SELM. Siempre os profesaré el mas tierno cariño, y pronto, muy pronto os convencereis del aprecio en que os tengo.

EMMA. Qué es lo que intentais?

SELM. Escuchad, Emma; oidme con calma. Vos no conocéis aun lo que es el mundo. En él, no siempre un primer amor decide del resto de nuestra existencia; á veces se levantan de pronto obstáculos insuperables, pero el tiempo viene en nuestro auxilio; las primeras sensaciones pierden su fuerza; un afecto mas tranquilo las sucede, y entonces lazos aprobados tácitamente por la sociedad...

EMMA. Qué quereis decir?

SELM. Si, no lo dudeis; vuestra futura suerte es el objeto constante de todos mis pensamientos, y no descansaré un instante hasta haberla asegurado. No se ha de pasar mucho tiempo sin que os vea dichosa, envidiada; mucho teneis que brillar en el mundo...

EMMA. Os entiendo... salid.

SELM. Emma!

EMMA. Salid, salid os digo. Ya sé ahora lo que significan

- vuestras palabras. Dejame! Ya nada tengo que temer... nada que esperar.
- SELM. Calmaos, Emma!
- EMMA. Dejadme os digo, ó doy voces y descubro vuestra vergüenza... y la mia!
- SELM. Lo mandais, Emma, y me alejo, pero con la esperanza de que mas tarde me hareis justicia. Volveremos á vernos.
- EMMA. Nunca!

ESCENA XIII.

EMMA.

Nunca! Cruel! cruel!.. Mi corazon estalla! Qué será de mí? Mi cabeza se pierde!

ESCENA XIV.

EMMA.—*La VIZCONDESA.*

- VIZCON. Que veo? qué agitacion...
- EMMA. (*Fuera de sí.*) Selmar! Selmar!
- VIZCON. Desgraciada! Emma, Emma! Volved en vos!—
Me ois?
- EMMA. Ah! sois... (*Reconociéndola.*) Quién os envia? venís á reclamarme su corazon? No es mio ya!
- VIZCON. Emma, por Dios! La infeliz! Le amaría tanto como yo?

ESCENA XV.

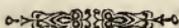
EMMA.—*La VIZCONDESA.*—ARTURO.

- VIZCON. Venid, Arturo, venid.
- EMMA. (*Delirando.*) Dejame, dejadme!
- VIZCON. Conozco el interés que os inspira; socorrámosla!
- ART. En qué situacion la encuentro! Señora, en otro tiempo me creí con derecho á hacerla dichosa, esperaba entonces que mi amor...

- EMM. Amor? quién habla de amor? Oh! todos tienen ese nombre en los labios! (*Déjase caer sobre una silla.*)
- ART. (*De rodillas delante de ella.*) Emma; no me reconocéis? No reconocéis á vuestro amigo?
- EMMA. Si, si. Ois? No me abandonéis.
- VIZCON. Pero qué terrible desgracia?..
- EMMA. La desgracia!.. yo hubiera tenido fuerzas para arrojársela... pero la deshonra no!
- ART. Qué escucho!
- EMMA. Si yo hubiese seguido vuestros consejos...
- ART. Mis horribles presentimientos se han realizado?..
- EMMA. Perdida... perdida...
- VIZCON. Qué decís, Emma? Estais delirando?
- EMMA. Ya nada puedo ocultar. El conde... oh! perdon, señora, perdon!
- ART. Será posible?
- EMMA. Qué me resta ya?.. Morir!..
- VIZCON. Oh! no, vivid y esperad!—Su desgracia me ilumina.., la voz del alma me dice que una noble abnegacion puede reconciliarnos con nosotros mismos... todo lo sacrificaré. Volved en vos, Emma, tranquilizaos. El cielo os envia una amiga.
- EMMA. Vos, señora?
- VIZCON. Yo, querida Emma, yo os aseguro que ese hombre no se me resistirá.
- ART. (*Aparte.*) Y si se resiste... (*Alto.*) Emma, ved en mí un hermano que os consagra su existencia. Tambien yo puedo protegeros.
- EMMA. (*Cogiendo una mano de Arturo y apoyando la frente en el seno de la vizcondesa.*) Ah! vosotros teneis piedad de mí! Vana piedad!
- ART. Un solo medio me resta... y bien, vida por vida. Renuncio á la dicha, á la esperanza... pero Dios mio, que Emma sea feliz.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.



Salon lujoso del palacio del conde de Selmar en Plombiers.—

(Es de noche.)

ESCENA PRIMERA.

SELMAR.—SAINT PAULIN.—CRIADOS.

SELM. Si, Saint Paulin, estará perfectamente. Os ruego que os encargueis vos mismo de estas minuciosidades.

(*Entra un criado.*)

Todavía? Que me quereis?

CRiado. Señor conde, no sabemos en donde habeis dispuesto que se coloquen los músicos.

SAINT PAU. En el salon de paso, á fin de que pueda bailarse en ambas galerías. Venid, venid conmigo. Si uno no está en todas partes... (*Vase con los criados.*)

SELM. Mala ocasion escogí para celebrar semejante fiesta... Siempre la risa en los labios... y sin embargo mi

posicion lo exige.—Qué veo? Querido Bleville, esto se llama ser exacto.

ESCENA II.

SELMAR.—BLEVILLE.

- BLEV. Selmar, no es el baile el motivo de mi venida.
- SELM. En efecto; estais turbado.. que os sucede?
- BLEV. Oidme Selmar. Mi antigua y fiel amistad me autoriza para hablaros el lenguaje de la franqueza. Voy á usar de este derecho por última vez.
- SELM. Hablad, Bleville.
- BLEV. Amigo mio, porque á pesar de vuestras debilidades os creo todavia digno de este título, hoy me dirijo á vuestro corazon.
- SELM. Pero de qué se trata?
- BLEV. Quiero otra vez hablaros de vuestro hijo. Quizás haya otros desgraciados que reclamen tambien vuestros consuelos, pero no vengo á sorprender secretos. Vengo, repito á hablaros de Arturo esclusivamente. Desde el instante en que me ví obligado á darle á conocer su destino, se apoderó de su corazon la mas negra melancolía, los tormentos que él trata de ocultar me horrorizan... vos mismo habeis observado en su rostro las huellas de un profundo dolor!
- SELM. Y qué! creéis, que no pesan sobre mi alma todas sus desgracias?
- BLEV. Pues bien, Selmar, compadecedlas, mitigadlas. Os lo pido por última vez, devolvedle su padre al pobre jóven, reparad en cuanto os sea posible faltas vuestras de que le haceis víctima.
- SELM. Y puedo yo hacerlo acaso, Bleville? No me prohíben las leyes su reconocimiento? Si atropellando todas las consideraciones sociales le doy el nombre de hijo, qué es lo que va á ganar él y cuanto no pierdo yo? Mi cuna, mi posicion y mi edad, me imponen

penosos deberes. Yo no puedo obrar solo; necesito elevados destinos, ó un matrimonio diplomático. Y osaré presentarme ante el mundo con el padron de mis pasados extravíos, destruccion segura de altas esperanzas, costosamente cimentadas? Y en qué momentos! Cuando encumbrado por el aura popular, mi nombre inspira veneracion y entusiasmo! Bleville el triunfo que celebro esta noche puede conducirme hasta muy lejos, y... quién sabe? Por qué no he de poder mañana dirigir los destinos de la Francia?

BLEV. Y será éste todo el fruto de tantos remordimientos?

SELM. No me condeneis, querido Bleville! Os lo repito, debo recorrer sin detenerme la senda que me traza mi destino. Mas tarde quizás me sea posible... hoy todos mis esfuerzos, todos mis sacrificios serian inútiles.—Mucho se trabaja para derribarme; la envidia me lanza sus venenosas miradas, me persigue, me cerca, espia todas mis acciones! Oh! cómo se desataria contra mí, esa muchedumbre hipócrita que se cubre con la máscara de la virtud! Mi propia debilidad seria la fuerza de mis enemigos, su intolerancia al primer embate me aniquilaria. Vos no querreis que esto suceda...

BLEV. Adios, os dejo. . para siempre.

SELM. Cómo! seriais capaz de abandonarme?

BLEV. Acabais de desvanecer mi última esperanza. Al introducir en ese mundo en que vivís, al pobre jóven cuya infancia he dirigido, estaba en la creencia de que sus raras cualidades, sus nobles sentimientos, triunfarian de vuestra insensata preocupacion yo me decia: Selmar, al fin es padre; «Selmar dará cabida en su alma á toda la dulzura de tan tierno afecto; la presencia de su hijo llegará á serle necesaria y tal vez un dia...» Me engañé neciamente! Teneis el corazon seco, vacio; ningun impulso noble puede moverle ya.—Selmar, el hijo que rechazais lo adoptaré yo; la ambicion le roba un padre... la amistad le dará otro. Adios.

SELM. Bleville... amigo...

(Bleville le mira con desden y se va sin contestarle.)

ESCENA III.

SELMAR.

Se aleja... me abandona... Amistad de veinte años, si has de dejar un vacío en mi corazón, quién podrá llenarlo? La adulación? no! La turba de cortesanos de que me veo rodeado hoy, porque hoy gozo algun favor, se dispersará al primer soplo de la desgracia! —Bleville! He agotado todas mis fuerzas resistiendo á sus deseos... Y es la ambicion la barrera que me separa de mi hijo... Pobre Arturo! Si; pobre Arturo, que ni sospecha el placer que experimento á su lado! Y como si fuera un castigo que el cielo impone á mis faltas, mi hijo huye de mi; no puede ocultar la repugnancia que le inspiro! Y á pesar mio, momentos hay en que me encanta su severa virtud, aun cuando me rechaza y me condena! Si me dejara seducir por la voz de mi conciencia... pero no, no; no podría vivir al lado de un adusto censor cuyas exageradas ideas le impiden conocer y adoptar las costumbres del siglo en que vivimos... No quiero que su virtud me sonroje. Arrostrar la vergüenza de veinte años de errores... es imposible... imposible!

ESCENA IV.

SELMAR.—UN CRIADO.

CRIADO. Señor conde, esta carta...

SELM. Dadme, (*vase el criado.*) De la vizcondesa? Qué puede ser? Veamos. (*Lee.*) "Selmar, todo lo he sabido; conozco el secreto de Emma. Aquella última ilusion que tanto me halagaba ha muerto para mi! Selmar, vos sabéis que una inmensa fortuna allana todos los obstáculos que pueda oponer á un matrimonio la desigualdad de clases. Por muy ilustre que sea vuestro

nombre nadie os echará en cara que honreis con él á una de las mas ricas herederas de Francia.»—Qué significa tan repentino cambio? Todo lo sabe, y esta muger tan celosa en otro tiempo... Seria posible que el cumplimiento de una buena accion, hubiese dejado su alma tranquila y satisfecha? Será verdad que los goces del corazon sean mas gratos que los brillantes triunfos del mundo?—Pero no puedo yo aceptar su proposicion! Qué se diria de mí? Ahora menos que nunca; no soy tan cobarde para acoger tan humillante partido. (*Estruja la carta y la guarda en un bolsillo.*) Y sin embargo, Emma, la desdichada... de nadie he sido amado tan entrañablemente... Si una compañera dulce, buena, sensible, puede dar la felicidad en la tierra; de quien mejor puedo esperarla?.. Pero el mundo... mundo infame! Con qué estoy condenado á esclavitud perpétua! A perpétuo aislamiento! Qué será de los dias de mi vejez! Bleville lo ha dicho, no mas felicidad para mí! Si estuviera Arturo á mi lado endulzaria los últimos instantes de mi vida, mi orgullo serian sus virtudes!.. Por qué, pues, no he de saber emanciparme de las tiránicas exigencias de la sociedad? Los derechos de la naturaleza no son mas sagrados? Demasiado resistí, no quiero por mas tiempo vivir revolcándome en el lecho del tormento, no. Quiero á mi hijo, á mi Arturo.

UN CRIADO. El Sr. Arturo de Bremont (*vase.*)

ESCENA V.

SELMAR.—ARTURO.

SELM. Mi querido... Arturo...

ART. Señor conde...

SELM. No os esperaba tan pronto...

ART. Deseaba, caballero, tener una entrevista con vos á solas. El asunto que me trae aqui, no admite dilaciones ni testigos.

- SELM. Hablad... caballero.
- ART. Acabo de separarme de Emma. (*Pausa*).
- SELM. Proseguid.
- ART. Vos habeis pasado un mes, en la quinta de Terny.
- SELM. Y... bien?
- ART. La desesperacion de la infeliz me ha revelado su suerte.
- SELM. Y os ha elegido por confidente?
- ART. No, señor conde. Sin querer he adivinado su secreto; he leído en su porvenir, y he jurado salvarla á toda costa.
- SELM. Ignoro, caballero, con qué derecho os ocupais de cuestion semejante.
- ART. Yo os lo diré. Fué un tiempo, señor conde, en que creía que el profundo cariño que me ha inspirado esa jóven, podia ser correspondido. Anhelaba unir su suerte á la mia... Emma era para mí el paraíso. Circunstancias... fatales, inútiles de mencionar en este momento, me han obligado á renunciar á su mano, pero no me impiden consagrarla mi cariño, mi vida entera, y ofrecerla el apoyo de una amistad pura y fraternal.—Vos únicamente, caballero, podeis reparar desgracias, que vos solo habeis causado, y me complazco en creer que pensando en esa pobre niña que al presente no tiene otra esperanza que vos cumplireis los deberes que el amor y el honor os imponen.
- SELM. Arturo!. Caballero, en nadie reconozco el derecho de fijarme la conducta que debo seguir, á nadie he concedido poder alguno sobre mis acciones... y en todo caso de sobra conocereis que no iria á consultar vuestra opinion.
- ART. Los sentimientos de nobleza son comunes á todos los hombres, señor conde; y no creo que el brillo de vuestro nombre, ni de vuestra clase, os dispensen de oír la verdad, ni que la humildad de mi cuna sea un obstáculo para deciroslo.
- SELM. Quién os habla de clase ni de nacimiento? Me habeis comprendido mal, señor de Bremont. Ni mi nombre ni el vuestro pueden ser un motivo de ofensa entre nosotros! Me suponeis ideas que... no, no;

Yo, solo hacia referencia á vuestra edad.—Sois muy jóven, señor de Bremont...

ART. —Caballero!

SELM. Sí, caballero: mi esperiencia me da grandes ventajas sobre vos. Voy á hablaros con toda franqueza; oidme. Ese interés caballeresco, ese exagerado entusiasmo, revelan vuestra poca práctica de mundo. Son muy distintos los sentimientos que guian á los hombres en nuestra sociedad; y los que no ahogan á fuerza de reflexion semejantes instintos, estan destinados á ser siempre víctimas.—Os sorprende mi lenguaje; pero el tiempo os dará á conocer toda la exactitud de mis palabras. Hoy día, por ejemplo, si vos os halláseis en mi posicion, os creeriais obligado á sacrificarlo todo á las exigencias de un amor insensato....

ART. Me parece, caballero, que no se trata ya de satisfacer una pasion, sino de cumplir un deber.

SELM. Vos llamais deber... El suceso á que aludís no puede ser la base de un matrimonio. El matrimonio es un contrato público del cual debemos dar cuenta á la sociedad.

ART. Cómo! intentaríais acaso abandonar á esa jóven? Dejar á vuestra victima entregada á la desesperacion? á una muerte segura! pronta! inevitable!! Es esto lo lo que quereis decir, señor conde?

SELM. No me creais insensible á su desgracia. Sufro por ella crueles pesares! Me dirijo las mas severas reconvencciones... oh! creedlo... Pero tranquilizaos.—El momento de la desesperacion pasó ya. Emma sabe que puede esperar de mí todas las atenciones... toda clase de socorros.—Me admira y me ofende al mismo tiempo la confianza que os ha hecho... de que espero no abusareis, os conozco y estoy convencido de que este secreto quedará para siempre sepultado en vuestro pecho.

ART. Y quién os asegura, caballero, que Emma pueda ocultar á los demas su infortunio? Quién os ha dicho que vuestra culpable seduccion no sea la causa de mas de una desgracia? de mas de una deshonra?

SELM. Arturo!

ART. Yo no he dirigido pregunta alguna á la infeliz, no he

visto mas que la palidez de su frente y me he horrorizado! Cuál será su suerte, la vuestra si mis temores se realizan? Algun dia maldecirá un desgraciado la existencia que habrá recibido de vos. Su pobre madre despues de una terrible lucha, obligada á sacrificarse ante las leyes del honor, ó ante las de la naturaleza... sin esperanza, sin porvenir, invocará la muerte para entrambos y sus acentos de desesperacion llenarán de remordimientos el último instante de vuestra existencia!

SELM. Basta, Arturo, basta! callad!

ART. Este seria, caballero, vuestro primer castigo.

SELM. Los crueles martirios que en vuestro entusiasmo me pintais con tales apariencias de verdad, no existen, no quiero creerlo. Arturo, Arturo, retractaos, decidme que no existen.

ART. Estos sufrimientos son reales, caballero; estos dolores... se sienten.

SELM. (*Aparte.*) Pobre jóven!

ART. Oh! pero la ternura que espresa vuestro semblante me anuncia que escuchareis la voz del corazon, que devolvereis la esperanza á una infeliz cuyo crimen fué el amaros! Qué dicha para vos, cuando sintais latir tranquilo vuestro corazon al cumplir vuestras promesas.

SELM. Mis promesas!—Yo nada he prometido, á nadie he engañado; ni una palabra de matrimonio he dicho á Emma, porque sabia muy bien que no podia ser mi esposa.

ART. Y esta es vuestra última resolucion?

SELM. Irrevocable.

ART. Y creéis poder obrar asi sin atropellar todas las leyes del honor?

SELM. No es esta cuestion de honor, caballero.

ART. Cómo! la sociedad no lanza la vergüenza al rostro de un seductor infame?

SELM. Lo que castigaría la sociedad con el ridículo y el desprecio, seria el paso que vos me proponeis.

ART. Pero el sentimiento del deber no ahoga con su poderosa voz el vano murmullo de las gentes?

SELM. Mis únicos deberes, caballero, son los que mi cuna

y mi clase me imponen. Vos no reconoceis sino las impetuosas pasiones de la juventud.

ART. Yo no conozco mas leyes que las del honor.

SELM. Mis acciones estan acordes con las prácticas del mundo.

ART. Con las del mezquino interés!

SELM. Obedezco á la opinion.

ART. Al egoismo.

SELM. (*Irritado*) Caballero! (*Aparentando tranquilidad.*) Caballero, sois injusto: el aislamiento en que vivís, y algun oculto pesar tal vez, han agriado vuestro carácter, exagerando la severidad de juicio que os distingue.—Escuchad un consejo que mi amistad...

ART. Vuestra amistad! Nunca podrá ser mi amigo quien no merece mi estimacion! Vuestra amistad! quereis abochornarme! Yo la desprecio!

SELM. Arturo!

ART. El que no repara en cubrir de vergüenza á una pobre niña, el hombre que tan alevosamente ofende á una criatura desválida, sin derecho para quejarse, sin fuerzas para vengarse, es despreciable, y ese hombre sois vos.

SELM. (*Aparte*) Cómo resisto á tanta audacia?—Os veo animado del mas generoso entusiasmo en favor de las mugeres, y no dudo que algunas os probarán su agradecimiento.

ART. Me parece que no quereis comprenderme, señor conde!

SELM. Demasiado os comprendo. Quereis obligarme á un enlace con Emma, ó á que os dé satisfaccion de mi conducta para con ella.—Siento infinito que me sea tan imposible una cosa como otra. Vuestras amenazas no pueden producir en mí el menor efecto. Al elegiros esa jóven por paladin, ha echado mano del medio mas ineficaz, os lo advierto. Ni puedo casarme con ella, ni batirme con vos.

ART. Yo sabré obligaros á un extremo ú otro.

SELM. Os he dicho que no.

ART. No puede quedar impune tamaña infamia y voy..

ESCENA VI.

DICHOS.—SAINT PAULIN.

- SAINT PAU. Qué haceis, señor conde? Los salones estan atestados de gente; de todas partes acuden convidados.
- UN CRIADO. (*Anunciando.*) Los señores marqueses de Dadjeville.—La señora baronesa de Delbois.—El conde de Salignac. (*Entran.*)
- SELM. Señores, mucho me regocija vuestra venida. No sé cómo manifestaros mi reconocimiento por tan apreciable exactitud.
- UN CRIADO. (*Anunciando.*) El señor de Eparville.—Las señoras de Ligny.
- SELM. Señoras... Caballeros... Dignaos admitir mis respetos.
- ART. Y este hombre puede sonreirse!
- (*El teatro se llena de convidados.*)
- SELM. Amigo Saint Paulin: me haceis el obsequio de recorrer los salones inmediatos? Decid que empiece el baile.
- ART. (*Bajo á Selmar.*) Señor conde, no me separo de vos debéis oirme.
- SELM. (*Alto y sonriendo.*) Bien muy bien amigo mio; (*Bajo.*) Imitad, jóven, mi prudencia; nada de publicidades.—Siento vivamente, señoras, no poder ofreceros mas dignos obsequios.
- CRIADO. (*Anunciando.*) La señora vizcondesa de Orbigny.
- SELM. (*Aparte.*) No esperaba yo su venida. Sois muy amable, señora, y no esperaba que embelleciéseis mi humilde casa.

ESCENA VII.

SELMAR.—ARTURO.—LA VIZCONDESA.—CONVIDADOS.—CRIADOS.

(*Durante esta escena se oye el son de la orquesta y cruzan por el fondo varios convidados.*)

- VIZCON. (*Bajo.*) Selmar, habeis recibido mi carta?
- SELM. (*Idem.*) Sí, señora.
- VIZCON. (*Idem.*) Qué resolvéis?

- SELM. *(Idem.)* No es este lugar ni tiempo oportuno...
- VIZCON. *(Idem.)* Ved que exijo una contestacion al instante.
- SELM *(Volviéndose á varios convidados.)* Señores, no queréis sentaros?
- (Varios convidados ocupan las mesas de juego preparadas por los criados. Entra Saint Paulin y se coloca de pié al lado de algunos jugadores.)*
- VIZCON. *(Bajo á Selmar.)* En vano pensais evadiros, responded.
- SELM. *(Bajo.)* Pues bien, ya que me obligais os dire que los medios que se han empleado, no valen contra mí. — Ofertas de oro! Amenazas! Yo no cedo jamás á semejantes amaños.
- VIZCON. *(Bajo.)* Con qué estais decidido á abandonarla!
- SELM. *(Alto á los jugadores.)* Marqués, apuesto veinte luisas en favor vuestro. *(Bajo á la vizcondesa.)* Basta, señora, de consejos y reconvençiones.
- (Arturo de cuando en cuando aparece entre la multitud y fija sus miradas en el conde de Selmar.)*
- VIZCON. Bien, señor conde, sois un egoista, un infame. No os estremece la idea de Emma?..
- SELM. Con qué derecho me dirijís cargos, vos, justamente! Por ventura me he ocupado yo jamás de vuestra conducta?
- VIZCON. Qué escucho! Es posible que oiga yo semejantes palabras de vuestra boca?
- (Varios convidados se levantan.)*
- SAINT PAU. Tomad, querido conde; habeis ganado.
- SELM. *(Alto con galantería.)* Qué os decia yo, vizcondesa? La fortuna protege á los que os aman... mas por qué privais á la elegante juventud de vuestra presencia? Venid, quiero tener el honor de acompañaros. Estoy seguro de obtener un voto de gracias de todos los bailarines.
- CRIADO. *(Anunciando.)* La señora marquesa de Terny.
- SELM. La marquesa!—Ah! viene sola! Respiro!—Permitted, señora...

ESCENA VIII.

DICHOS.—LA MARQUESA.

- VIZCON. Amiga... cómo no os acompaña Emma?
- MAD. DE T. Está un poco fatigada; necesita descansar. Yo no queria apartarme de su lado, pero se ha empeñado en que viniera, y no he podido resistir á sus deseos.
- SELM. Mucho hubieramos sentido vuestra falta, señora.
- ART. Oh! este hombre habla, rie, está tranquilo, es feliz, y en tanto sufre la desdichada!
- MAD DE T. Magnifica es vuestra fiesta, querido conde. Nadie posee mejor que vos el arte de desplegar esa elegancia en todo. Ese fausto, ese buen gusto, son exclusivamente vuestros.
- SELM. Cuán indulgente sois, señora! Permitid que os acompañe á dar una vuelta por las galerias.
- MAD. DE T. Con mucho gusto. *(Toma su brazo, y van á salir cuando se presenta Saint Paulin.)*
- SAINT PAUL. Otra ovacion, señor conde! El consejo municipal ha diputado algunos de sus miembros, los cuales aguardan vuestro permiso para daros un testimonio del público reconocimiento.
- SELM. Oh! que entren, me honra sobremanera semejante manifestacion.

ESCENA IX.

DICHOS.—LA COMISION MUNICIPAL.

- SELM. *(Con modestia afectada.)* Cómo he podido merecer, señores...
- COMISIONADO. Señor conde, los sentimientos filantrópicos que son el alma y la vida del proyecto que habeis tenido á bien comunicarnos, y las inmensas ventajas que debe reportar á la industria y al comercio, justifican sobradamente el entusiasmo con que esta poblacion os acoge en su seno. Permitid señor conde, que un depar-

tamento cuyos mas caros intereses defendeis y protejeis con tanta solicitud y acierto, aspire á la gloria de contaros entre el número de sus buenos hijos.

SELM. Acepto, señores, con el mas vivo reconocimiento la honra que os dignais dispensarme; el mas apreciable titulo á mis ojos, de hoy mas, será el de conciudadano vuestro. (*Se oye gritar en la calle.*) « VIVA EL CONDE DE SELMAR.»

SELM. Qué es esto?

COMISIONADO. El pueblo, que lleno de gratitud hácia vos, y no pudiendo contener su alegría, se agrupa á las puertas de vuestro palacio, señor conde, y espera ansioso vuestra presencia. Dignaos admitir su afectuosa manifestacion. Dejad que se regocije en veros. Venid, venid á gozar de ese pacifico triunfo, recompensa de las mas nobles virtudes.

SELM. Señores, mi modestia se ofende... yo no puedo... no debo...

ART. (*Aparte.*) Aplausos para él, vítores para él... Es esto acaso lo que llaman gloria?

COMISIONADO. No resistais por mas tiempo...

SELM. Mucho exijis.

ESCENA X.

DICHOS.—BLEVILLE.

BLEV. (*Agitado y mirando á todas partes.*) Tampoco está aquí!

SELM. (*A los diputados.*) Permitidme, señores... (*Vendo hácia Bleville.*) Qué os sucede, amigo mio?

BLEV. Dejadme. (*Bajo á la vizcondesa.*) Emma, señora, ¿la habeis visto?

VIZCON. No, Dios mio, qué sucede?

BLEV. Pobre niña!

VIZCON. Cómo! Qué decís! Qué ha sucedido? Hablad!

BLEV. Emma... ha desaparecido. Sola... enferma... El conserje que la ha visto salir, cree haber notado en su fisonomía marcadas señales de delirio.

- ART. Emma! Gran Dios!
SELM. (*Aparte.*) Qué escucho!
MAD DE T. (*Que ha oido la esclamacion de Arturo.*) Emma, decid? Qué sucede? Quiero saberlo!
BLEV. Venid señora, seguidme; no hay que perder un momento. Corramos en su busca!
MAD DE T. Dios mio! Dios mio!

ESCENA XI.

DICHOS *menos* BLEVILLE LA MARQUESA Y LA VIZCONDESA.

- ART. Y él triunfa! Oh! demasiado me contuve!
(*Voces del pueblo.*)
“VIVA EL CONDE DE SELMÁR.”
COMISIONADO. Ois repetir las aclamaciones? (*Acompañando á Selmar hácia un balcon.*)
ART. (*Interponiéndose.*) Atras! Dejad de enaltecer al mas cobarde de los hombres!
TODOS. Cielos!
ART. Si, á vos, conde de Selmar, sois un cobarde!
SELM. Caballero!..
ART. (*Interrumpiéndole.*) No creais imponer silencio á mi justa cólera. O me dais una satisfaccion al instante ú obraré respecto á vos, como con el mas vil de los hombres.
SELM. Sabeis, desgraciado, que semejantes insultos se pagan con la vida?
ART. Lo sé.
SELM. Insensato..
ART. Ni una palabra mas. Hace un momento no habeis querido darme la satisfaccion que os pedia; me la negais aun?
SELM. Arturo! Arturo! (*Aparte.*) Qué debo hacer, infierno? Todos los ojos clavados en mí.. Infeliz!
ART. (*Con calma.*) Os aguardo.
SELM. Vos lo quereis? Sea! (*Aparte.*) No; jamas!
ART. Pues bien, á qué esperais?

SELM. Y sois vos quien me obliga! vos! (*Aparte.*) Se admiran de mi indecision!.. Murmullos. (*Reponiéndose.*) Mañana á las siete, á la entrada del bosque. Dos testigos.

ART. A las siete. Mañana la habré vengado ya... Estaré tranquilo. Señores... (*Vase.*)

SELM. Dispensadme, señores..

COMISIONADO. Venid, señor conde.

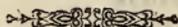
SELM. Como gustéis.

(*Selmar asoma al balcon rodeado de los comisionados, y se oye repetir con mayor fuerza y entusiasmo el grito:*

“VIVA EL CONDE DE SELMAR.”

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.



Cobertizo adjunto á las paredes de una casa rústica. En el fondo entrada de un bosque, que ocupa una colina. Debajo del cobertizo y á la derecha, un banquillo.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA.—JUAN LUIS.

SUSAN.

Juan Luis! Juan Luis! Bajarás al fin?

JUAN L.

(Saliendo.) Aquí estoy.

SUSAN.

Vamos, vamos, despacha. Todos los días de mercado haces lo mismo; mira que van á dar las siete.

JUAN L.

Caramba! las siete? Voy, Susanita, voy.

SUSAN.

Oyes, poco tardaremos en tener la tempestad encima, y te va á cojer la lluvia. Despacha.

JUAN L.

No, pues ya verás como despacho.

SUSAN.

Mira que no te quedes hasta muy tarde en Plombiers. Tú luego te embobas, y si das con una fiesta como la de ayer... Qué felices son esas gentes ricas!

JUAN L.

Si, hermosa fiesta estuvo! Pues mira, cuidado con las gentes ricas si son felices!

SUSAN.

No acabas? Date prisa. A bien que, felices no lo son todos. La última vez que vi á mi señorita, mi buena hermana de leche, que tan rica dote me dió al casarnos; te acuerdas? estaba bien triste. Estaba enferma. Pobre Emma! Qué cambiada... Verdad es que una jóven... sin casarse... Pero por qué no se casará?

JUAN L. *(Dejándolo todo.)* Pues mira, es chocante; porque.. lo que uno dice: porqué no se casará? *(Se dispone á salir recogiendo lo que ha ido preparando durante la escena.)*

SUSAN. Estás ya? Vaya, á Dios, Vuelve pronto. Olvidas algo?

JUAN L. Pues mira, olvidaba darte un abrazo.

SUSAN. Con tal que no sea mas que eso... *(Se abrazan.)* Toma, y á Dios.

JUAN L. Eh! eh! pues toma, y á Dios.

ESCENA II.

SUSANA.—luego EMMA.

Al cabo se fué. Afortunadamente no está lejos Plombiers. Qué veo? una jóven. . parece una señorita. Sola... Qué aire tan abatido! Pobrecita! Hacia aquí se dirige. Pero, Dios poderoso! Es posible? Es ella!.. ella! no me engaño! Dios mio! Señor!! Dios mio!..

EMMA. *(Se detiene á la entrada del cobertizo.)* No puedo mas. Piedad de mí.

SUSAN. Señorita! Querida Emma! Qué teneis?

EMMA. Quién me llama? Eres tú? buena Susana, eres tú? El cielo no me abandona del todo! La fatiga me mata! *(Se deja caer en el banquillo.)*

SUSAN. Emma, qué teneis?

EMMA. No sé... tengo fiebre.

SUSAN. Vuestra frente arde.

EMMA. Anduve toda la noche sin descanso. Quería estar junto á tí... Qué largo es el camino!

SUSAN. Pero venis enferma, sola... llorando... Qué teneis?

EMMA. Yo? nada. *(Pausa.)* Ellos no pensaban mas que en sus fiestas..! No me vieron huir! Oh! mejor. Porque yo quiero sustraerme á su vista.. y á sus desprecios... y á su compasion?

SUSAN. *(Aparte.)* Qué está diciendo?

EMMA. Si, bien hice en huir! Qué pensarán? La santa muger que me queria tanto... me llamaba su hija! La

vizcondesa... tan bondadosa para mí... Arturo! el noble, el generoso Arturo... no, no; yo no tenia derecho á tanto cariño, á tantos sacrificios. Ojalá olviden todos mi memoria... así pudiera yo tambien olvidarlo todo! Susana: (*Llorando.*) eres feliz?

(*Aparece en la colina un criado que reconoce la escena y hace señas á los que se supone dentro. A poco aparece la vizcondesa, y al ver á Emma se dirige á ella.*)

SUSAN.

Ya no. Si vos lo fuérais... si.

EMMA.

Oh! lo seré, lo seré muy pronto. Me parece que ya respiro con mas libertad!

ESCENA III.

EMMA.—SUSANA.—LA VIZCONDESA.

VIZCON.

Al fin tengo la dicha de encontraros, querida Emma.

EMMA.

Qué veo! vos aqui! (*Ocultando el rostro avergonzada.*) Ay! señora...

VIZCON.

Pensabais acaso privar de vuestro cariño á los que tanto os aman? (*Aparte.*) Qué espantosa palidez. (*A Susana.*) Preparad un aposento, mandad por un médico. Ahí están mis criados.

SUSAN.

Al momento, señora, al momento! Pobre hermana mia!

ESCENA IV.

EMMA.—LA VIZCONDESA.

EMMA.

No me aborreceis, señora?

VIZCON.

Quién no os adora, hija mia? Apenas tuve noticia de vuestra desaparicion, salieron criados míos en todas direcciones. Despues de muchas infructuosas pesquisas consigo encontraros, y os abrazo con todo mi corazon. Pero como abandonabais á vuestra madre adoptiva! la habeis dejado sumida en el mayor dolor. Iremos á consolarla; no es verdad? Vendreis conmigo.

EMMA.

(*Delirando.*) Oh! No, demasiado he padecido. No quiero sembrar la desesperacion en el seno de mi bienhecho-
ra, de mi madre. Que lo ignore todo... que lo ignore
siempre. Ay! si supierais... oíd. Yo no conocia vues-
tros designios, mas ya nada quería del conde, nada que
me pusiera en contacto con él... Mi resolucion esta-
ba tomada. Acababa de salir... la marquesa, y bur-
lando la vigilancia de cuantos me rodeaban, abando-
né el lecho en que me tenian postrada mis padeci-
mientos. Sin ser vista de nadie, salí... Qué horrible no-
che! No sé como fué... sin querer... atravesé por deba-
jo de sus balcones. Una brillante iluminacion! ruido de
instrumentos! Todo eran señales de placer. Yo llora-
ba. Una numerosa muchedumbre se hallaba agru-
pada á las puertas de su palacio, y prorrumpia en gri-
tos y aclamaciones, y hacia votos por su felicidad! Yo
me alejé... Anduve, anduve errante mucho tiempo; y
en los barrios mas apartados, en medio de su silen-
cio y su tristeza, me perseguian la alegre música y
los entusiastas vivas! Despues... Cómo fué que despues
volví á encontrarme frente á su palacio? Ay! Como si
despertára de un profundo sueño estaba yo alli, y
reinaba el silencio. Ya ni luz, ni voces alegres, ni el
menor ruido. A poco rato distinguí en la sombra un
grupo de hombres, y hablaban en alta voz. Pronun-
ciaron el nombre de Arturo, hablaron de insultos he-
chos en público, de provocacion, y de duelo y de sangre.
Oh! entonces tuve miedo y me acurrugué en un rincon.
Pero si mis sentidos no me engañaron, si mi imagi-
nacion trastornada por la fiebre no me fingió estos hor-
rores, de quién hablaban aquellos hombres, señora?..
Luego, ya no oí nada mas. Eché á correr... temblaban
mis rodillas, casi no podia levantar los pies, pero yo
continuaba corriendo siempre. Habia dejado ya muy
atrás las puertas de la ciudad, y todavia turbaba mis
siniestros pensamientos un rumor que repetia en son
confuso los acentos de la música, los gritos de entusias-
mo, y las palabras de sangre!

VIZCON.

Dejad tan tristes ideas, Emma; pronto mas ri-
sueños dias...

EMMA.

Tengo frio!

ESCENA V.

DICHAS.—SUSANA.

SUSAN. Todo está preparado. El médico acaba de llegar.
VICON. Apoyaos en mi brazo, Emma; vamos.
SUSAN. Si, Emma. Está lloviznando.—Voy á serviros.

ESCENA VI.

SELMAR.—SAINT PAULIN.—UN TESTIGO.

SAINT PAU. Este cobertizo puede guarecernos si arrecia la tormenta.

SELM. (*Desde dentro.*) Dejad el carruage bajo estos árboles.

SAINT PAU. Original invencion la del pundonor. (*Sale Selmar.*)
Arriesgar una vida tan preciosa, un porvenir tan brillante por cuatro frases salidas de boca de un imprudente, que ha dado en la estravagancia de hacerlo todo al revés! Por fortuna vuestra facilidad en el manejo de las armas es proverbial... y compadezco al insénsato...

SELM. Podriais llegaros á ver si parecen nuestros adversarios, é indicarles este abrigo. (*Vánse Saint Paulin y el testigo.*)

ESCENA VII.

SELMAR.

Qué horrorosa idea la de este hombre! «compadezco al insensato...» No, Arturo, no; tu vida está segura... no eres tú el que ha de morir. La tiranía de la opinion me ha conducido á este sitio; el mundo, la sociedad, el infierno quiere una vida... daré la mia.— Cuando estenuado de fatiga habia conseguido reanimar mis fuerzas para recorrer triunfante el ancho camino abierto á mi ambicion!.. debo morir! Es el primer sacrificio que mi corazon me impone! Por qué me ha sido

negada hasta hoy esta fortaleza ó esta debilidad? Mi primer error!.. al cabo de veinte años me pide cuentas el cielo! Yo no puedo obrar de otro modo porque él es mi hijo, y no puedo tampoco confesar mis faltas; nadie debe saberlas! Las miradas de aquellos hombres me hicieron avergonzar de mi indecision; ellos no sabian como yo que Arturo era mi hijo. Mi hijo! el dia en que le doy mi cariño me da él la muerte! —Funesta preocupacion! Ley cruel del honor, maldita seas, que me has conducido á tan terrible estremo! Morir! Morir! Morir hoy! (*Viendo entrar á Saint Paulin.*) Qué hay?

ESCENA VIII.

SELMAR.—SAINT PAULIN.

SAINT PAU. Que nadie parece. Por el interés de entrambos me he llegado hasta la entrada de la poblacion por un cirujano; en negocios de esta clase...

SELM. Mil gracias, Saint Paulin.

SAINT PAU. No creais que pase el menor cuidado por vos.

SELM. Os doy las gracias.

SAINT PAU. Dejé recado, y no puede tardar en venir. Está, segun me dijeron, en una de estas casuchas socorriendo á una jóven.

SELM. Tambien hay aquí otro ser que sufre?

SAINT PAU. No vienen. Qué les habrá detenido?

SELM. (*Que se ha acercado á la cabaña*) Oigo gemidos! La desgracia está donde yo estoy.

SAINT PAU. Ajá! por fin! (*Selmar se estremece.*)

ESCENA XI.

SELMAR.—SAINT PAULIN.—ARTURO.—LOS TESTIGOS.

ART. Señores.. Perdonadme, señor conde, la molestia que os habré causado, haciéndoos aguardar. Nuestros caballos no podian dar un paso.

SELM. Yo esperaba... caballero, que meditando en calma,

hubiérais reconocido vuestro error. Esto para mi equivaldría á repararlo.

ART. Señor conde es la hora; estoy dispuesto; vamos?

SAINT PAU. Una observacion, señores; supongo que no tendreis prisa. Esta lloviendo á torrentes, y es imposible batirse con un tiempo como este. Apelo á estos caballeros... (*Por los testigos que afirman.*)

ART. Tambien observo que aqui estamos á cubierto; el sitio es seguro y apartado... qué necesidad tenemos de ir á otra parte?

SELM. Si vos lo exijis... Arturo... Caballero: habeis reflexionado bien...

ART. Ya toda reflexion fuera tardía.—En guardia!

SELM. Vamos. (*Aparte.*) Muramos.

ESCENA X.

DICHOS.—SUSANA.

SUSAN. Quién dá voces? Caballeros, por favor; hay en la casa una jóven enferma... Pero qué veo? El señor de Bremont! Espadas! Qué vais á hacer!

SAINT PAU. Nada. Silencio. Salid.

SUSAN. Cómo! (*A Arturo.*) Pero no venis? No os he dicho que Emma...

SELM. { Emma?

ART.

SUSAN. (*Llorando.*) Vos no os moveis y Emma se muere!

ART. (*En la mayor agitacion.*) Volved á su lado, socorredla! salvadla! Yo no debo pensar sino en su venganza! No me ois, señor conde? En guardia!

SUSAN. Dios mio! Dios mio! Qué va á suceder aqui? (*vase.*)

ESCENA XI.

SELMAR.—ARTURO.—SAINT PAULIN.—TESTIGOS.—*Luego* BLEVILLE.

SELM. Emma infeliz!

ART. Mas retardos? mas dudas? Defendeos!

BLEV. (*Sale precipitado y se coloca entre los dos.*) Apartad! Arturo! Selmar! Qué ibais á hacer?

- ART. Vos en este sitio! Quién os ha revelado!..
- BLEV. Pensábais que este horroroso duelo podria llevarse á cabo? Arrojad léjos de vosotros esos instrumentos del crimen! Sí, Selmar, sí, Arturo; yo os lo mando! (*Acercándose á Selmar.*) Cómo Selmar! sois vos, y no me obedecéis?
- SELM. (*Con acento sombrío.*) Nada temais por él.
- BLEV. Que nada tema?—Arturo, Arturo! por mi cariño...
- ART. Dejadme, dejadme. No sabeis todo lo que tengo que vengar.
- BLEV. (*Toma del brazo á Arturo y le conduce hasta el primer término.*) Por última vez, Arturo, respétale.
- ART. A ese hombre? Qué derecho...
- BLEV. El mas sagrado.
- ART. El?.. es posible?
- BLEV. Sí, infeliz, sí...
- ART. Ah! no acabeis!
- BLEV. Es tu padre!
- ART. Dios poderoso!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—EMMA corriendo desalentada seguida de SUSANA y la VIZCONDESA.

- EMMA. Lo quiero! No me detengais! Arturo! Dónde está? Oh! Arturo! gracia, gracia para él!
- SELM. Es ella! Cielos!
- VIZCON. Sostenedla, Susana.
- SUSAN. Hermana mia!.. La emoción va á matarla. (*Susana y la vizcondesa sientan á Emma en el banquillo.*)
- BLEV. Socorredla. (*A los testigos.*) Señores, este asunto está terminado. El señor de Bremont dá por mi boca la mas cumplida satisfaccion al señor conde de Selmar. No es verdad, Arturo?
- ART. Sí, el honor del señor conde está intacto. Retiro mis calumniosas espreñiones, y estoy pronto á recibir la muerte de su mano, sin quejarme. (*Acercándose á Selmar en voz baja*) Ahora ya sé que un presente hartoto mas funesto he recibido de vos.

EMMA. Dónde estoy?... Sois vos Arturo? (*Le dá la mano, recorre la escena con los ojos y fijándolos en Selmar dice:*) Es él. (*Todos la rodean.*)

SELM. Emma, Emma, volved en vos!

EMMA. Me ahogo! Es el dolor y los remordimientos! Arturo, perdonadle... consolad á... mi madre!.. —No puedo llorar!

SELM. Emma!

EMMA. Lágrimas en sus ojos...? llora mi muerte! Selmar! ois el trueno? Es por mí!.. Es.. Dios!—Rogad por Emma! Rogad! Rogad!

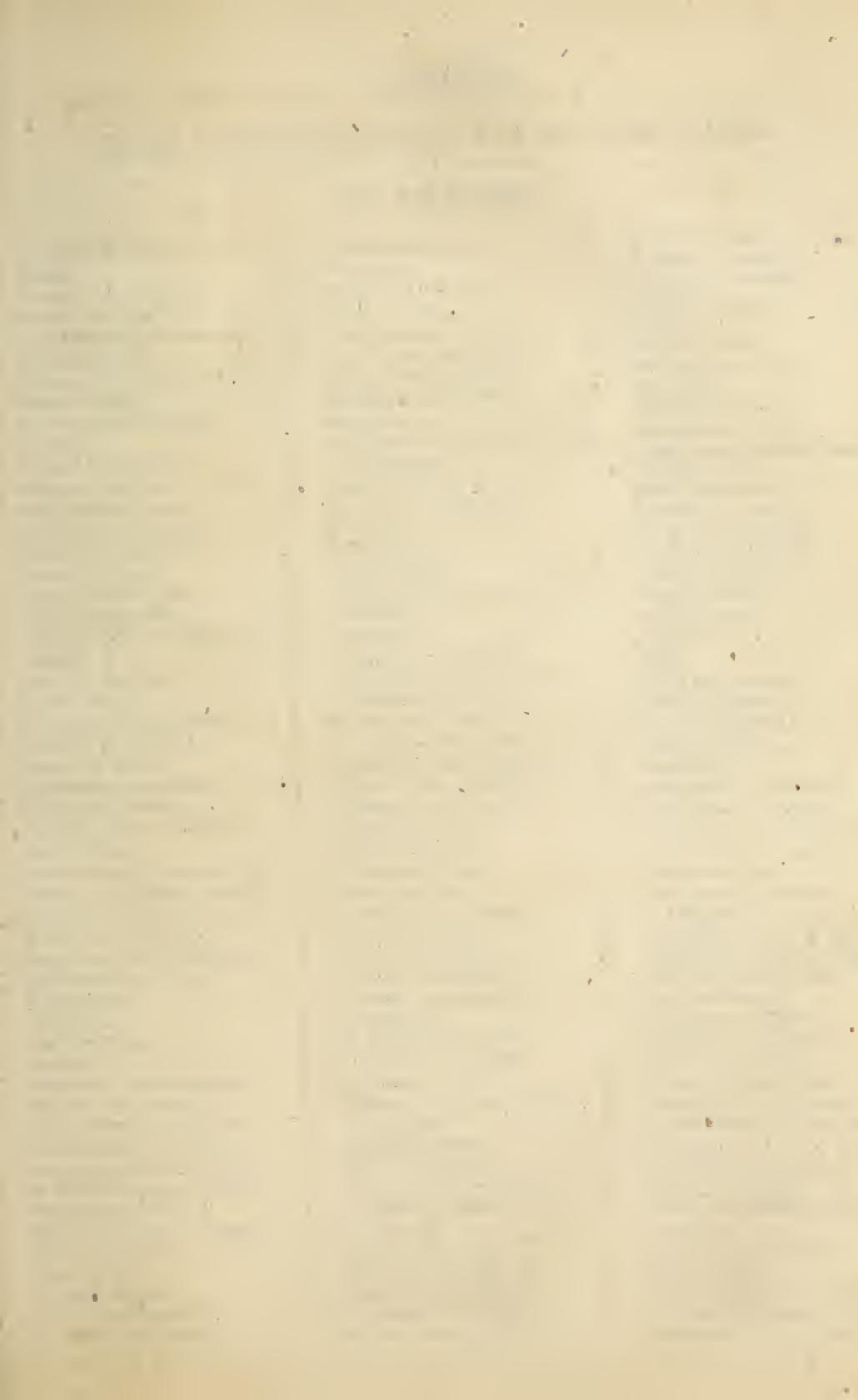
ART. Muerta! Muerta!

VIZCON. Ay la infeliz!

SUSAN. Muerta! la hermana mia! Mi hermana!

SELM. Muerta! Miserable ambicioso! Torpe esclavo del mundo! Quién te devolverá lo que acaba de arrebatarte?

FIN DEL DRAMA.



CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

- Achaques de la vejez.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
Al cabo de los años mil...
Alarcon.
A caza de herencias.
A caza de cuervos.
Amante, rival y paje.
Amor, poder y pelucas.
Al llegar á Madrid.
Amar por señas.
Alumbra á tu victima.
Amor de antesa.
A publico agravio pública venganza.
Antes que te cases...
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Bodas de un criminal.
Batalla de reinas.
Con razon y sin razon.
Cañizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parlentes y amigos.
Cada cual ama á su modo.
Cocinero y Capitan.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Calamidades.
Contrastes.
Castor y Polux.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Delirium tremens.
Disfraces, sustos y enredos.
Dimas el titiritero
Dos artistas.
El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
- El caballero Feudal.
El cadete.
Espinas de una flor.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
Entre hobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está local!
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El pacto de sangre.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Coronación Poética*.
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El Suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El pollo y la viuda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.
El amor por la ventana.
El juicio público.
El todo por el todo.
El sitio de Sebastopol.
El querer y el rascar...
El destino.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
El gitano.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
El hombre negro.
El fin de la novela.
En Aranjuez y en Madrid.
El conde de Selmar.
El filántropo.
El collar de perlas.
El ángel de la casa.
El que las da las toma.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
- El árbol torcido.
El camino de presidio.
El amor y el interés.
El condé de Selmar.
Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.
Fea y pobre.
Gato por liebre.
Grazalema.
Hacer cuenta sin la huésped.
Historia China.
Honra por honra.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.
Juicios de Dios.
Juan Diente.
La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la nina.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creación y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos es pañoles ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.

La verdad en el Espejo.
 La boda de Quevedo.
 Las dos Reinas.
 La Providencia.
 Las Prohibiciones.
 La Campana vengadora.
 La libertad de Florencia.
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un casero.
 La voz de las Provincias.
 La Archiduquesita.
 La Crisis.
 Los extremos.
 La hija del rey René.
 La bondad sin la experiencia.
 La escuela de los perdidos.
 La corte del Rey poeta.
 La resurreccion de un hombre.
 Las Barricadas de Madrid.
 La Pasion de Jesus.
 La alegría de la casa.
 Las cuatro estaciones.
 Las mujeres de mármol.
 La flor del valle.
 La choza del almadreño.
 Los dedos huéspuedes.
 Los éxtasis.
 La posdata de una carta.
 La conquista de Toledo.
 La Hiel en copa de oro.
 La libertad de Florencia.
 La Vaquera de la Finojosa.
 La vida de Juan Soldado
 La llave de oro.
 La pluma y la espada.

Los pobres de Madrid.
 La ninfa iris.
 Libertinaje y pasion.
 Mal de ojo.
 Mi mamá.
 Misterios de Palacio.
 Martín Zurbarano.
 Mariana Labarlu.
 Mi suegro y mi mujer.
 Marta la fiamenca.
 Nobleza contra Nobleza.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entienda.
 No hay amigo para amigo.
 No es la Reina!!!
 Navegar á la ventura.
 No es oro todo lo que reluce.
 Oráculos de Talia.
 Olimpia.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Pescar á rio revuelto.
 Por la puerta deljardin.
 Por un reloj y un sombrero.
 Por ella y por él.
 Por una hija!...
 Eival y amigo.
 San Isidro (*Patron de Madrid*)
 Su Imágen
 Simpatia y antipatia
 Suenos de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Tales padres, tales hijos.

Trabajar por cuenta ajena.
 Traidor, inconfeso y mártir.
 Todos unos.

Un Amor á la moda.
 Una conjuracion femenina.
 Una conversion en diez minutos.
 Un dómine como hay pocos.
 Una llave y un sombrero.
 Una leccion de corte.
 Una mujer misteriosa.
 Una mentira inocente.
 Una noche en blanco.
 Un paje y un Caballero.
 Una falta.
 Ultima noche de Camoens.
 Una historia del dia.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un si y un no.
 Un huesped del otro mundo.
 Una broma de Quevedo.
 Una yenganza leal.
 Una coincidencia alfabética
 Una lagrima y un beso.
 Una Virgen de Xurillo.
 Una aventura de Tirso.
 Una lecion de mundo.
 Una noche en blanco.
 Una noche de historia.
 Una ráfaga.

Verdades amargas.
 Vivir y morir amando.
 Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Amor y misterio.
 A ultima hora.
 Alumbra á este caballero.
 A Rusia por Valladolid.
 Angélica y Medoro.
 Catalina.
 Claveyina la Gifana.
 Cuarzo, pirita y alcohol.
 Carlos Broschl.
 Cupido y Marte.
 Cuando ahorcaron á Quevedo.

Diez minutos de reinado.

El Vizconde.
 El trompeta del Archiduque.
 El amor y el almuerzo.
 El Grumete.
 El calesero y la maja.
 El delirio.
 El Valle de Andorra.
 El Dominó Azul.
 El sueño de una noche de verano.
 Escenas en Chamberi.
 El ensayo de una ópera.
 Entre dos aguas.
 El esclavo.

El Hijo de familia, ó el lancero
 voluntario.

El perro del hortelano

El Sonámbulo.

El diablo en el poder.

El lancero.

Guerra á muerte.

Galanteos en Venecia.

Gracias á Dios que está puesta

la mesa.

Gato por liebre.

Juan Lanas.

La litera del Oldor.

La Espada de Bernardo.

La Cotorra.

La cola del diablo.

Los dos Flamantes.

La vergonzosa en Palacio.

La Dama del Rey.

La Cacería real.

Los jardines del Buen Retiro.

La hija de la Providencia.

Los Comuneros.

Los dos ciegos.

La Estrella de Madrid (*Sum
 sica.*)

Loco de amor y en la corte.

Los diamantes de la Corona.

La noche de ánimas.

La familia nerviosa, ó el suegro

omnibus.

Las bodas de Juanita.

La flor de la serrania

La Zarzuela.

La corte de Mónaco.

Los Maggyares.

Moreto.

Mis dos mugeres.

Marina.

Mateo y Matea.

Pedro y Catalina, ó el Gr

Maestro.

Pablito. (Segunda parte de D. J

mon.)

Tres para una.

Un sombrero de paja.

Un dia de reinado.

Un sobrino.